

Leer para escribir: memorias de mujeres en la guerra



Centro Nacional
de Memoria Histórica

NO ACEPTE SU VENTA · NO ACEPTE SU VENTA · NO ACEPTE SU VENTA
Distribución
gratuita

Mucho, mucho, mucho, mucho miedo,
pues yo, pues yo ... Tanto ahirme
puse a llorar, mi pluma se puso
a llorar.

Y entonces pues yo dije:

"Aquí nos mataron".



Leer para escribir:
memorias
de mujeres
en la guerra

Catalogación en la publicación - Centro Nacional de Memoria Histórica

Leer para escribir : memorias de mujeres en la guerra / obras seleccionadas de la convocatoria abierta "Leer para Escribir: Memorias de Mujeres en la Guerra (2022)" ; Valentina Mejía Velásquez, encargada del proyecto ; Elizabeth Daniela Rojas Mora, ilustraciones. -- Primera edición. -- Bogotá : Centro Nacional de Memoria Histórica, 2022.

188 páginas : ilustraciones en color ; 19 cm.

Contiene bibliografía.

ISBN impreso: 978-628-7561-62-5

ISBN digital: 978-628-7561-63-2

1. Escritos colombianos -- Siglo XXI 2. Conflicto armado -- Colombia -- Relatos personales 3. Conflicto armado en la literatura -- Colombia -- Colecciones de escritos 4. Mujeres como autoras -- Colombia -- Siglo XXI 5. Literatura colombiana -- Siglo XXI 6. Memoria histórica -- Colombia I. Mejía Velásquez, Valentina II. Rojas Mora, Elizabeth Daniela III. Título

868.865

CDD 22

Leer para escribir: memorias de mujeres en la guerra

Obras seleccionadas

de la convocatoria abierta Leer para Escribir:
Memorias de Mujeres en la Guerra (2022)

Leer para escribir: memorias de mujeres en la guerra

Coordinadores del Equipo de Esclarecimiento

Lukas Rodríguez Lizcano

Alberto Santos Peñuela

Equipo de Esclarecimiento

Valentina Mejía Velásquez

Libia Patricia Rosero Sánchez

Weimar Fernando Guarín

Encargada del proyecto

Valentina Mejía Velásquez

CENTRO NACIONAL DE MEMORIA HISTÓRICA

María Gaitán Valencia

Directora General

Rubén Darío Acevedo Carmona

Director General (2019-2022)

Carlos Mario López Rojas

Director Técnico de la Dirección de Acuerdos de la Verdad (2022)

Natalia Niño Fierro

Directora Técnica de la Dirección de Acuerdos de la Verdad (2021)

Laura Montoya Vélez

Directora Técnica de la Dirección de Acuerdos de la Verdad (2021)

Leer para escribir: memorias de mujeres en la guerra

ISBN Impreso: 978-628-7561-62-5

ISBN Digital: 978-628-7561-63-2

Número de páginas: 188

Formato: 13x19 cm

Líder Estrategia de Comunicaciones

Daniel Fernando Polanía Castro

Corrección de estilo

Martha J. Espejo Barrios

Santiago Gallego Franco

Diseño y diagramación

Leidy Joanna Sánchez Jiménez

Ilustraciones

Elizabeth Daniela Rojas Mora

Portada

María del Pilar Rodríguez Salcedo

© Centro Nacional de Memoria Histórica

Carrera 7 #27-18 piso 24

PBX: (571) 7965060

comunicaciones@cnmh.gov.co

Bogotá D. C. - Colombia

Contenido

Prólogo	11
---------------	----

Leer para escribir	
Las mujeres en el Mecanismo No Judicial de Contribución a la Verdad.....	13

Memorias para transformar 19

Niña mujer de la selva.....	23
Una mujer llueve en las noches	27
Ma, soy yo	32
Heredaremos el perdón	35
Poemario	37
Irme	41
Anhelos vencidos	45
Mi nono	50
Escapar	53
Por un dulce.....	58
Yo soy tu madre	62
Alto precio	65
Cazador(a).....	69
Horario	73
Cabello.....	77
Humillación	81
Eso es un hombre.....	85
Con la muerte atrás de la oreja	89
La rebeldía	95

Salvación	100
Rabia.....	103
El señalamiento	107
El reto	111
Verraca	115
El castigo.....	119
Mi madre	124
También me pegaba.....	128

Memorias para ilustrar 129

“No, a usted aquí no le va a pasar nada”	134
--	-----

Memorias para comprender137

Mujeres de la tierra: el descenso de las niñas en la guerra colombiana	141
Tendría que cambiar mi forma de ver las cosas	150
Fragmentos y reintegraciones	157
Volar en la lengua: memorias del conflicto desde un enfoque de género	163
Exclusión, selección y responsabilidad.....	171

Memorias para evocar.....177

Bordado	181
Niña mujer de la selva: <i>videoperformance</i>	187

Prólogo

EL LENGUAJE NOS PERMITE LA COMUNICACIÓN. El compartir una idea propia y recibir las ajenas nos lleva a realizar procesos tan complejos como la construcción de una memoria colectiva y llegar a acuerdos sobre nuestro pasado. La palabra como elemento básico de la comunicación –entendida más allá de la forma dicha o escrita– es, además, un vehículo de imaginarios íntimos que adquieren sentido gracias al contexto en el que se usan. En el marco de la guerra y la violencia, esta alcanza una potencia transformadora tanto para quien la expresa como para quien la escucha o recibe, en tanto es una exteriorización y sublimación de la experiencia.

El Mecanismo No Judicial de Contribución a la Verdad (MNJCV) aplicado por la Dirección de Acuerdos de la Verdad (DAV) del Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH) ha sido un medio para que se dé este proceso entre las personas que hicieron parte de los grupos armados, las víctimas y la sociedad en general. Así, con la potencialidad que ofrece el lenguaje, la DAV se ha aproximado a los relatos de los protagonistas del conflicto armado colombiano desde

un punto de vista académico, pero también ha apelado a formas narrativas que exploran distintos dispositivos de comunicación. En estos, la apropiación a través del arte y la creación ha jugado un papel determinante, lo que ha permitido un abordaje de los testimonios donde la interpretación se hace a partir de diversas emocionalidades y sentires. Uno de los dispositivos presentados por la DAV es el denominado Leer para Escribir: Memorias de Mujeres en la Guerra, que nos presenta fragmentos de los relatos de las mujeres que acudieron al MNJCV y que se representan a través de ensayos, poemas, dibujos, bordados y videos.

Este ejercicio nos da acceso a la historia de vida de mujeres que han vivido, en medio de una intensa violencia cultural, diversas situaciones y circunstancias de las que su trasegar por el grupo armado ilegal ha sido apenas una parte, a la vez que nos muestra el impacto que dichas historias ocasionan en otras mujeres (quienas, a través de su lectura, presentan una apropiación y reinterpretación de aquellos sentires).

El diálogo a distancia tiende un puente con la cotidianidad de las mujeres que han vivido la guerra, con su pasado, su presente, sus sueños y frustraciones. Es, quizá, una nueva forma de acercarse a las personas desde la mirada que no condena, para elegir un lugar dónde reconocernos y recrear, por medio del arte, el resultado de esa nueva empatía.

Leer para escribir

Las mujeres en el Mecanismo No Judicial de Contribución a la Verdad

EL MNJCV ES UN INSTRUMENTO DE LA JUSTICIA TRANSICIONAL EN COLOMBIA creado a través de la Ley 1424 de 2010 y diseñado e implementado por la Dirección de Acuerdos de la Verdad del Centro Nacional de Memoria Histórica. Su objetivo principal es recoger las contribuciones a la verdad de las personas desmovilizadas de los grupos paramilitares firmantes del Acuerdo de Contribución a la Verdad Histórica y la Reparación y vinculadas solamente a los delitos “concierto para delinquir simple o agravado, utilización ilegal de uniformes e insignias, utilización ilícita de equipos transmisores o receptores, y porte ilegal de armas de

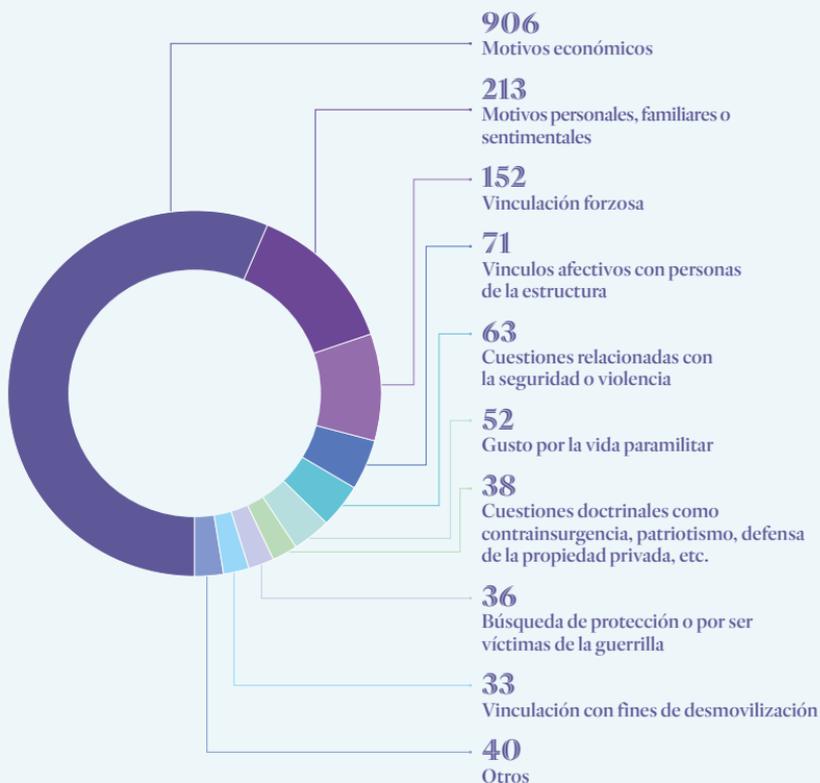
fuego o municiones de uso privativo de las Fuerzas Armadas o de defensa personal” (Ley 1424 de 2010, art. 1). Para garantizar el derecho a la verdad de las víctimas y de la sociedad a saber, el mecanismo incluye un proceso de certificación de la contribución y el esclarecimiento del fenómeno paramilitar a través de informes de estructuras y dispositivos de apropiación social¹.

En el marco de su aplicación, entre 2012 y 2022, se han entrevistado a más de 14.200 personas, de las cuales 1.604 han sido mujeres². El 76 % de ellas manifestó no tener ninguna pertenencia étnica, el 14 % se reconoció como negra, mulata, afrocolombiana o afrodescendiente y el 8 % como indígena. El promedio de edad de su vinculación a los grupos paramilitares fue de 26,5 años y el tiempo de permanencia en la estructura paramilitar fue también en promedio de 2,5 años. Como lo muestra el siguiente gráfico, 906 ingresaron a los grupos por factores económicos, 213 lo hicieron por motivos personales relacionados con situaciones familiares y violencias basadas en género, entre otras, y 152 fueron vinculadas forzosamente.

1 Para profundizar en el MNJCV y su aplicación, ver: *Yo aporto a la verdad* (CNMH, 2014).

2 Aunque el MNJCV se aplica a personas desmovilizadas de grupos paramilitares, algunas de las mujeres entrevistadas transitaron por estructuras guerrilleras o por grupos delincuenciales.

Gráfico 1. Motivación de las mujeres para ingresar al grupo paramilitar



Fuente: MNJCV-DAV-CNMH.

Esas más de 1.600 mujeres que entregaron su contribución a la verdad tuvieron distintos roles en las estructuras paramilitares, aunque estuvieron vinculadas a labores logísticas en mayor proporción que los hombres: siete de cada diez mujeres tuvieron funciones de este tipo, mientras siete de cada diez hombres tuvieron funciones militares (CNMH-DAV, 2019). Sin importar el rol que desempeñaron, la lectura

de los relatos evidencia que una gran mayoría de las mujeres sufrió distintas formas de violencia dentro de las filas paramilitares como consecuencia de la imposición de las masculinidades armadas que imperan en la lógica castrense y la profundización de comportamientos y visiones patriarcales.

“Leer para escribir: memorias de mujeres en la guerra” es uno de los seis dispositivos diseñados por la Dirección de Acuerdos de la Verdad para socializar los resultados del MNJCV a través de distintas plataformas³. En él se aporta una visión del conflicto mediante la lectura de fragmentos extraídos de los relatos de mujeres desmovilizadas de los grupos paramilitares y de la producción de distintas obras que fueron el resultado de la lectura realizada por otras mujeres.

La selección de los relatos fue un proceso analítico que implicó la revisión de 80 entrevistas de mujeres previamente incluidas en las investigaciones de la DAV. A partir de su lectura, se eligieron fragmentos y estos se agruparon en categorías con las que se podía abarcar la cotidianidad, los sucesos, la intimidad y las complejidades del ser mujer al interior de las estructuras paramilitares. En total se reunieron 100 fragmentos en diez categorías: 1) una salida, 2) a la deriva, 3) sentir y sufrir, 4) poder y control, 5) identidad, 6) “el deber ser”, 7) en tercera persona, 8) tener, 9) el quehacer y 10) lugares.

Una vez consolidada la compilación de los relatos, el 19 de mayo de 2022 se abrió la convocatoria para que mujeres en todo el país inscribieran sus propuestas en cuatro modalidades: a) 2.000 palabras para comprender, b) 10 versos para transformar, c) 5 dibujos para ilustrar y d) 1 obra para evocar. Al cierre de la convocatoria, el 1.º

3 Los seis dispositivos son: 1) Leer para escribir: memorias de mujeres en la guerra; 2) Cátedra abierta DAV: justicia transicional, memoria histórica y paramilitarismo en Colombia; 3) Inventario de anexos; 4) Banco de relatos; 5) Serie de intercambios; y 6) Catálogo de herramientas DAV. Se pueden consultar en <https://archivodelosddhh.gov.co/>.

de junio, se habían inscrito 70 mujeres que recibieron el material y tuvieron hasta el 11 de julio para enviar sus proyectos. Se recibieron múltiples propuestas desde diversas voces, lugares y experiencias, todas valiosas y únicas. Al final, se recibieron 31 productos creativos.

Para la selección final de las propuestas se conformó un jurado de tres mujeres que, desde distintas experticias y con total disposición, iniciaron la lectura y valoración: Anascas del Río Moncada, politóloga, magíster en Estudios Políticos y especialista en Conflictos Armados y Construcción de Paz y exinvestigadora de la DAV del CNMH; Constanza Quiroz, licenciada en Español y Literatura de la Universidad del Cauca, magíster en Estudios de la Cultura y Literatura Hispanoamericana, docente y promotora de lectura, y actualmente embajadora tic del departamento del Cauca en el programa En Tic Confío+ del Ministerio de las Tecnologías de la Información y las Comunicaciones; y Valentina Mejía Velásquez, arquitecta y curadora, quien lideró este dispositivo desde el Equipo de Aproximación de la DAV del CNMH.

Ellas tres tuvieron la responsabilidad de escoger trece propuestas, distribuidas así: cinco propuestas en 2.000 palabras, cinco en 10 versos, una en 5 dibujos y dos en 1 obra para evocar. Se basaron en criterios objetivos como la extensión o el uso de los fragmentos y en otros más subjetivos como el estilo y la creatividad.

En esta compilación invitamos a conocer las propuestas seleccionadas junto a los fragmentos con los que las autoras establecieron una conversación a la distancia y atemporal, conversación de la que ahora usted, como lector, también hace parte.

Referencias

CNMH-DAV (2014). *Yo aporto a la verdad. Acuerdos de contribución a la verdad y la memoria histórica. Mecanismo no judicial de contribución a la verdad, la memoria histórica y la reparación, Ley 1424/2010*. Imprenta Procesos Digitales.

_____ (2019). *Análisis cuantitativo del paramilitarismo en Colombia. Hallazgos del mecanismo No Judicial de Contribución a la Verdad*. CNMH.

Congreso de la República (2010). Ley 1424 de 2010, Por la cual se dictan disposiciones de justicia transicional que garanticen verdad, justicia y reparación a las víctimas de desmovilizados de grupos organizados al margen de la ley, se conceden beneficios jurídicos y se dictan otras disposiciones. <https://www.funcionpublica.gov.co/eva/gestornormativo/norma.php?i=41055>.

Memorias para transformar

Fragmento n.º 13

Medellín, Antioquia,

11 de marzo de 2016

Género: Mujer

Edad de ingreso: 13 años

Rol: Militar

Propuesta seleccionada

Título: Niña mujer de la selva

Suiza, julio de 2022

Autora: Nato Arias

En diálogo

Entrevistador(a): ¿Qué pasa en esa época de tu vida, que ya dejas de ser niña, a eso de los doce, trece años?

Entrevistada: Por ejemplo, yo pedía permiso para irme a jugar con mis amigas y no me dejaban.

Entr.: ¿Por qué?

Entrevistada: No sé. No podía tener ni hablar con un amiguito, que porque era mi novio y me pegaban por eso. ¿Qué más? No hacía caso de ir a llevarles la comida a los trabajadores: pelas. Eso era pelas seguidas. Entonces, como que me aburrí por eso.

Entr.: Cuando te aburres de esa situación, ¿qué pasa?

Entrevistada: Ya pasaron los elenos [miembros del ELN] y me fui.

Entr.: ¿Ellos pasaban uniformados?

Entrevistada: Sí.

*Fragmento de relato entregado al Mecanismo
No Judicial de Contribución a la Verdad.*

Niña mujer de la selva

Niña bonita
Preciosa ingenua
Que solo querías
Comprar en la tienda
Un poco de dulce
Un poco de pan
Cesar esos gritos
Que te hicieron marchar

Cambiar los dolores
Y tanto rencor
Por algunos amigos
Y un mejor protector
Pero vaya sorpresa
El destino mostró
Que aquella salida
Era otro terror

Estabas ausente
De aquel maltratador
Pero sin importar el bando
Seguías en prisión

Cambiaste de casa
Aumentó tu tesón
Cortaste tu pelo
Y de hierro se volvió
Todo tu cuerpo
Tus armas,
una extensión,
De grande dureza
La cabeza se te llenó

Jamás volver
A tranquila comer
Sin esperar el momento
Del monte correr

Una esperanza
Tras los años pasar
De volver a ser libre
Pero esta vez de verdad

Te ayudan un poco
Te dejan estudiar
Pero esta otra gente
No te deja entrar

Qué hay que hacer
Para poderte querer
Abrazarte entre todas
Y volver a creer

Que te mereces
Vivir en tranquilidad
Volver a empezar
En una nueva sociedad

Que no se te olvide
Lo que te hicieron pasar
Pero que te dejen
Vivir en libertad

Ser grande maestra
De experiencia y tesón
Para enseñar de la vida
Su verdadero valor

A vos niña
Mujer de la selva
Que ha crecido en cautiverio(s)
Pero hoy se libera

Te dedico estas letras
Desde el exilio
Honrando tus nombres
Y prometiendo nunca olvido.

Nato Arias

Fragmento n.º 8

Apartadó, Antioquia,

23 de noviembre de 2015

Género: Mujer

Edad de ingreso: 15 años

Rol: Militar

Actividad: Patrullera

Propuesta seleccionada

Título: Una mujer llueve en las noches

Bogotá, julio de 2022

Autora: Greis Naydú Puentes Robles

En diálogo

Y yo lloraba. Y yo decía: “Ay, Dios. No me castigues. Dios, mándame pa mi casa. Yo no quiero estar aquí”. Usted... uno cambiar su hogar, sus amigos, su colegio por una cosa de esas. O sea, le digo la verdad, eso es algo muy dramático pa mí. Yo nunca he podido superar eso. Nunca, nunca lo superaré, yo digo que no lo superaré, porque fue algo... Veá, yo salí de allá, yo me bañé mucho, me bañaba, y la gente me decía: “Uy, huele a feo. Huele horrible”. Ese olor se me pegó en la piel.

*Fragmento de relato entregado al Mecanismo
No Judicial de Contribución a la Verdad.*

Una mujer llueve en las noches

Crujen las hojas al pisarlas; una salida. Ella respiró recuerdos, ella mariposa extraviada.

Pútrida noche de abandono infantil, ausencia de madre y padre, de Estado, de Dios.

Incommensurable soledad de las crianzas tristes que no juegan a la guerra; la anidan.

Una orden, botas sucias, cabeza rapada, el fango, la noche, el miedo y sus matices.

La pared fue un gusano fétido, adherido a la piel; prisión, destino impuesto, desarraigo.

Ojos lascivos, invasivos. Ellos la tocan, la silencian, la desgracian...

Crecerán flores en su vientre.

Una Mujer llueve en las noches... Mujer guerra, monte y fusil. Mujer niña, madre, amante. Mujer, vino la guerra y te cambió de piel, te vistió de sangre, y el río que se llevó esa sangre también se llevó la infancia, los sueños, tu ser.

Greis Naydú Puentes Robles

Fragmento n.º 32

Apartadó, Antioquia,

23 de noviembre de 2015

Género: Mujer

Edad de ingreso: 15 años

Rol: Militar

Actividad: Patrullera

Propuesta seleccionada

Título: Ma, soy yo

Bogotá, julio de 2022

Autora: Estefanía Serna Ramírez

En diálogo

Entrevistador(a): El Alemán fue... ¿Qué les dijo él? ¿A esa hora de la mañana?

Entrevistada: A esa hora de la madrugada. Llegó en camioneta con todo lo que era logística, el material de intendencia y material... O sea, fusiles y todo. Y ya ahí nos formaron. Él dijo que... que si estábamos amañados, que si nos había gustado el entrenamiento, que si estábamos conscientes de que íbamos para una zona muy peligrosa, que pusiéramos en práctica todo lo que habíamos aprendido. Y que... sí, que nos iba a entregar el fusil para que nosotros respondiéramos... O sea, que respondiéramos... En caso tal, que se perdiera todo menos el fusil. Y ahí nos entregaron la fusilería. Como quien dice, nos atalaron de todo nuevo. Y ya ahí él se fue, nos dejó ahí, se fue. Ya de ahí nos bajaron a pie de la base esa.

Entr.: ¿No pasaste por tu casa?

Entrevistada: Sí, pasé por mi casa.

Entr.: ¿Cuántos eran ustedes?

Entrevistada: Ahí íbamos cincuenta. (...). Entonces, yo le rogué a él. Me tocó, mejor dicho, pedírsele de diferentes maneras. Yo le dije: "No, yo necesito ir a mi casa, necesito despedirme de mis papás, que sepan que estoy bien, que sepan para dónde voy". Entonces él ya dijo que sí, pero que fuera con otros dos muchachos más. Ya ahí me dieron permiso. Nosotros llegamos a eso de las cuatro de la mañana, cuatro y media ahí (...). Y ya fueron conmigo a donde mi mamá. Cuando a mi mamá yo la llamé... Ya mi mamá vivía en el

pueblo, porque ella dijo: “No, si yo me quedo en esta parcela se me llevan a todos mis hijos para allá. Entonces, yo me voy pa'l pueblo, donde esa gente esté lejitos de mi casa”. Y ya mi mamá vivía en el pueblo, en la casa que siempre hemos tenido. Entonces, cuando yo la llamé a ella a esa hora, la impresión fue...

Entr.: Total.

Entrevistada: Total. Yo la llamé, le toqué la puerta y mi mamá... ella cuando... dijo: “¿Quién es?”. Yo le dije: “Ma, soy yo”. Cuando ella escuchó que era yo, se levantó esa señora... se desmayó. Ella se privó.

Entr.: Ay, Dios.

*Fragmento de relato entregado al Mecanismo
No Judicial de Contribución a la Verdad.*

Ma, soy yo

Fría como el cañón de mi fusil
pálida como los primeros rayos que
tímidamente
asoman por la montaña.

Al verme
se deshace entre mis manos,
así como en las noches febriles
yo me deshacía en las suyas.

Me raparon
estoy flaca
apesto a muerte.

Intento sosegarla en un abrazo
que sienta mi calor a través de este camuflado
mi segunda piel
que sienta que estoy bien y que la extraño.

Sigo siendo una niña
pero ahora tengo que ser fuerte para mi mamá
tengo que ser otra para la guerra.

Estefanía Serna Ramírez

Fragmento n.º 20

Venadillo, Tolima,

5 de junio de 2013

Género: Mujer

Edad de ingreso: 12 años

Rol: Militar

Actividad: Patrullera

Propuesta seleccionada

Título: Heredaremos el perdón

Popayán, julio de 2022

Semillero Genus DH. Corporación

Universitaria Autónoma del Cauca. Johana

Andrea Delgado, Karen Viviana Martínez,

Laura Isabel Pinzón Parra, Bárbara González

Medina y Angélica María Anichiarico

En diálogo

Entrevistador(a): ¿Nunca tuviste ese acompañamiento?

Entrevistada: No. (...). Reúnen a treinta o cuarenta descabezados igual que uno y les dan a todos el mismo taller. Yo tengo un trauma diferente. Ve, yo todavía tengo pesadillas. Yo soy de las que, hablándolo a calzón quitao, yo no puedo dormir en ropa interior. Yo tengo que dormir con un pantalón y me tengo que sentir alerta y preparada para cualquier cosa. Hasta hace poco, hace poco, dejé de dormir con un cuchillo debajo de la almohada. Yo llegué teniéndole... por un bombardeo que una vez tuvimos... teniéndole un pavor ni el hijueputa a los helicópteros (...). Cuando estoy en la terraza y pasa el helicóptero, siento el corazón... así como suena la hélice y suena el motor, así siento el corazón: “Put, ¿por dónde me tiro?”. Y yo hablé con la psicóloga y le dije: “Yo tengo este problema”, [y respondió:] “Pero es que aquí los talleres son grupales. Te doy mi tarjeta para que vayas a mi consultorio”. ¿Ah? No joda. ¿Y ese es el acompañamiento psicosocial?

(...). Uno necesita... Ve, uno ha vivido la crueldad, la crueldad completa que ha tenido esta Colombia con este conflicto armado. ¿Y le vienen a poner a hacer dibujitos maricas? No, mano. Yo necesito es que alguien me escuche y no me señale. Por ejemplo, esta charla a mí me sirve, aunque llegue ahora a la casa a recordar todo lo que he dicho.

Entr.: ¿Tú sientes que los ven como un grupo y no como personas?

Entrevistada: Sí, nos ven como cifras: “Tengo 35 para dar un taller. Voy y les doy una charla a mis 35 firmas”. No. Está deshumanizado el proceso. No existe.

*Fragmento de relato entregado al Mecanismo
No Judicial de Contribución a la Verdad.*

Heredaremos el perdón

Unos pocos se disputan el control de la tierra y el poder en el país de hermosos paisajes, personas sin rostro que se escabullen en los ramilletes andinos, en los grandes verdes de la selva amazónica y en los llanos frondosos, su fuerza impera al lado de la cobardía.

Es la guerra, la pobreza y la marginalidad que nos arrebató a quienes serían la esperanza y el futuro de nuestro país. Monstruos que intimidan a las familias rurales, endulzan a nuestros niños y niñas con falsas promesas y los apartan de la calidez de su hogar y del colegio.

Son los de temprana edad, que cargan el peso de una cruda historia de enfrentamientos, ocupando el primer lugar de las filas, y quienes dejan de lado las risas y los juegos inocentes por un armamento pesado que los supera en talla.

Unos pocos se llevan los sueños e ilusiones de nuestros niños y niñas, que se convierten en instrumentos en un escenario hostil y sin posibilidades, donde los sonidos de la guerra se arraigan en la memoria y el corazón.

En el país sin tregua, raptan a nuestras niñas convirtiéndolas, además, en objetos, en esclavas sexuales, como una condena por su naturaleza.

Son obligadas a perder su inocencia, sus raíces y los nuevos pálpitos que las acompañan desde sus vientres.

La guerra se lleva a estos seres inocentes y los devuelve como una cifra fría, sin alma, que ni siquiera retumba en la sociedad porque se ha acostumbrado a la violencia.

Algunas de las cifras, como las llaman de manera deshumanizada, aún viven, pero con temor y zozobra ante el nuevo lugar al que se enfrentan.

El tiempo hizo de las suyas y transformó todo su ser en personas que ni siquiera en sí mismas se reconocen y son señaladas por una situación que nunca buscaron.

Retornar a una sociedad que condena implica una tortura violenta y desigual que trae consigo odio, en vez de amor, y genera rompimientos, en vez de unión.

El olvido y la exclusión nos llevan a que el camino lento de atención demuestre la continuidad del dolor.

***Semillero Genus DH. Corporación
Universitaria Autónoma del Cauca. 2022***

Memorias
para
transformar



Poemario

Fragmento n.º 1

5 de junio de 2013

Género: Mujer

Edad de ingreso: 12 años

Rol: Militar

Actividad: Patrullera

Propuesta seleccionada

Poemario

Título: Irme

Medellín, julio de 2022

Autora: María Fernanda Ceballos Calvache

En diálogo

Entrevistador(a): ¿Qué te motivó para ingresar al grupo ilegal?

Entrevistada: Salir de mi casa. Yo tenía problemas con mi madrastra, entonces lo primordial era salir de mi casa. No tenía comunicación con mi papá. Allá era una empleada, pues, de servicio; y esa situación me cansó.

*Fragmento de relato entregado al Mecanismo
No Judicial de Contribución a la Verdad.*

Irme

Irme,
salir,
dejar la casa
y su celda,
abandonar las ideas de mis padres,
las imágenes de sus deseos sobre mí,
dejarlo todo y salirme,
buscando un lugar
en el que pudiera ser alguien,
alguna cosa diferente
a ser una sirvienta,
o una hijastra mal agradecida.

Irme,
para encontrarme
o para perderme,
o para quizá,
haber deseado nunca irme.

Fragmento n.º 2

Sincelejo, Sucre,

27 de abril de 2016

Género: Mujer

Edad de ingreso: 30 años

Rol: Logística

Actividad: Auxiliar

Propuesta seleccionada

Poemario

Anhelo vencido

En diálogo

Entrevistador(a): Bueno. ¿Y tú qué hacías con la plata que te pagaban?

Entrevistada: Yo se la mandaba a mi mamá. Yo me fui por las necesidades de mi casa, que yo estaba sin empleo. Mis hermanitas pequeñas, mi hija pequeña. O sea, no les mandaba todo, yo me quedaba con algo pa mí, por si acaso. Yo siempre decía: “Dios mío, si yo llego a salir... tengo la oportunidad de irme, yo me voy” (...). Pero yo siempre guardaba un poquito, porque yo decía: “¿Qué tal que se le forme una plomacera? ¿O qué tal que se meta la ley aquí y yo no tenga ni con qué llamar a nadie pa decirle?”. O sea, siempre viví esa zozobra y siempre viví con esa esperanza de yo salir e irme, pero me daba miedo, me daba miedo porque para mí era que ellos tenían de pronto información hasta de dónde venía uno, dónde vivía. Y yo decía: “Si yo me voy de aquí, de pronto llegan allá y maten a mi mamá, a mi hermana, a mi hija”.

(...). Entonces, yo por eso nunca me dispuse a hacer eso, pero siempre guardaba dinero esperanzada de que yo me iba. Ahí ellos bajaban al puerto, hacían peleas de gallos, hacían sus bochinches, llevaban niñas que trabajaban en prostitución –o sea, mujeres adultas, pero...-, y no... y no nos dejaban bajar a nosotros ni a bailar ni a nada de eso. Ellos hacían sus zafarranchos, se llevaban a muchachas que subían pa la finca, y ya uno no sabía más de qué pasaba, sino todo el tiempo uno dormido, esperando de pronto a que lo llamen: “Mira que pa allá va esto...”, “Mira que el Ejército...”, “Mira...”.

*Fragmento de relato entregado al Mecanismo
No Judicial de Contribución a la Verdad.*

Anhelo vencido

Dormir profundamente
sobre el brazo de la noche,
esperar a que la Luna
llegara como un ángel extraño,
como un bienvenido,
para, así, ir a los brazos de mi madre
y de mis hermanas,
llevando algunas monedas
para el camino de regreso,
y dejar el miedo
enterrado en la almohada
donde mi cabeza descansaba
mientras esperaba profundamente
la llegada del ángel,
del bienvenido,
y así, cada noche
visitar a mi madre
y a mis hermanas,
con las monedas que se me vencían
en los bolsillos,
con el miedo y con la esperanza,
como un cara y sello con el que me jugaba
estas ganas de haberlo dejado todo
y regresar a casa.

Fragmento n.º 3

Yopal, Casanare,

29 de septiembre de 2015

Género: Mujer

Edad de ingreso: 11 años

Rol: Militar

Actividad: Punto

Propuesta seleccionada

Poemario

Mi nono

En diálogo

Entrevistada: “¿Dónde está la pelada yo no sé por cuántas?”. Me trataban mal y me insultaban, entonces decían que no, que ninguno sabía yo dónde estaba. Me buscaban y me buscaban y me buscaban. Yo me quedé quieta ahí como hasta las nueve de la noche. Cuando yo sentí que no había nadie, salí. Cuando vi una linterna, entonces volví y me escondí. Al otro día salí a las cinco de la mañana de ahí por toda una trocha. Llegué donde mi abuelo que vivía ahí cerquita de la finca donde yo estaba, mi nono por parte de mamá (...). Cuando yo llegué, mi nono es de esas personas que él es... No sé si usted de pronto crea en eso, pero él es brujo.

Entrevistador(a): ¿Y hacía ese trabajo de cerrarlos y de todo eso?

Entrevistada: Sí, él era el que cruzaba a los muchachos. Yo llegué ese día a las seis de la mañana, llegué toda raspada, toda picada de bichos, toda sucia y todo. Mi nono estaba esperándome debajo de un palo, me dijo: “Mija, la estaba esperando”. Yo le dije: “Nono, me van a matar”. Él me dijo: “Tranquila, mija, que yo la protejo”. Yo entré, me bañé y me vestí. Cuando yo me estaba vistiendo y le dijeron a mi nono: “¿Dónde está su nieta? Estamos buscando a su nieta y no la encontramos. ¿Usted tiene gente acá escondida?”. Y él decía que no. Yo estaba... yo me hice detrás de la puerta, porque yo me estaba poniendo la ropa. Ellos entraron a la casa, revisaron todo y le decían a mi nono que no la escondiera, que me... sí, que me entregara, que ellos no me iban a matar, que simplemente habían mandado a recoger a toda la gente. Él decía que no, que no sabía nada de mí.

Él ese día fue a mi casa, me metió entre un... un cajón donde él llevaba sus cosas, me dijo: “Quédese ahí, no se vaya a mover, no

vaya a nada. Quédese ahí". Como yo era tan flaquita, me metí en el cajón. Cuando... saliendo de la... de ahí, de donde estábamos, le dijeron a mi nono que abriera el carro. Mi nono lo abrió, requisaron el carro, revisaron los cajones, y yo estaba ahí, yo estaba viendo pa arriba y yo veía que ellos decían: "¿Dónde se metió esa vieja? Esa vieja toca buscarla por donde sea, porque la orden es recoger a esa vieja. Esa vieja tiene información que a nosotros nos interesa", decían ellos.

*Fragmento de relato entregado al Mecanismo
No Judicial de Contribución a la Verdad.*

Mi nono

En la selva,
a la orilla del camino,
mis pasos se habían regresado
a la casa de mi abuelo

Detrás mío
venían los animales,
acechando entre las montañas
mi aliento que se deshacía
entre la niebla
y que exhalaba miedo

Entonces, mi nono
decidió hacer su magia,
hizo que desapareciera
y las bestias no pudieron encontrarme
entre el abandono de la tierra
ni el silencio del agua

Me deshice de su deseo
de su hambre,
y pude volver a latir
lejos de sus colmillos.

Fragmento n.º 4

Apartadó, Antioquia,

3 de diciembre de 2014

Género: Mujer

Edad de ingreso: 14 años

Rol: Militar

Actividad: Campanera

Propuesta seleccionada

Poemario

Escapar

En diálogo

Entrevistador(a): ¿Cuál fue la razón por la cual ingresaste al grupo?

Entrevistada: [Risas] Pues, en ese entonces... esto... más que todo porque... no sé, aburrida, cansada del trabajo, del maltrato. Pues no tuve una instancia [sic] con mi papá ni con mi mamá, yo vivía era con mi madrastra y un poquito desolada de mi papá. Entonces, pues, llegaban en ese tiempo los elenos. Y en ese tiempo estaba estudiando y trabajaba en la finca, y los muchachos y las muchachas me motivaron. Y vi como un escape o algo... algo de lo que... no sé qué quería vivir, no sé, como escapar de algo, pero no sé de qué quería escapar. Pero sí vi una salida. Sí, tenía hermano, pero, esto... eso ya es un matrimonio. Yo he sido sola, soy hija única de papá y mamá, el cual nunca me crie en el seno de ellos dos, siempre estuve como la Pantera Rosa: donde mi madrina, mi tía, donde mi abuela, donde... en todas partes, menos en un hogar. Entonces, por eso quería escapar.

*Fragmento de relato entregado al Mecanismo
No Judicial de Contribución a la Verdad.*

Escapar

Ni padre
ni madre
Una habitación vacía
con una puerta abierta
y una palabra encendida
como un cuchillo que se resbalaba
una y otra vez contra mi lengua
Escapar,
como una salida del cuarto vacío
que era la entraña
sobre la que latía
mi deseo de amar.

Fragmento n.º 82

Ciudad,

5 de junio de 2013

Género: Mujer

Edad de ingreso: 12 años

Rol: Militar

Actividad: Patrullera

Propuesta seleccionada

Poemario

Por un dulce

En diálogo

Entrevistador(a): ¿Cada cuánto les pagaban?

Entrevistada: Cada tres meses, cada cuatro meses nos llegaban por ahí unas lucas.

Entr.: Y cuando tú recibías plata, ¿para qué se destinaba ese dinero en ese momento?

Entrevistada: (...). Una vez me dieron 500.000 pesos porque había encontrado unos proveedores que unos compañeros habían botado. Y para mí 500.000 pesos era mucho, era excelente. Y fui al pueblo y me compré cucos, ropa interior, cosas de mujeres. Me compraba medias. Me compré una muda de ropa que ya cuando la fui a sacar ya no me quedaba.

Yo desde muy pequeña... Mire, una vez, volviéndonos un poquito en la historia, cuando yo estaba pequeña yo quería comerme un algodón de azúcar. Y yo acompañé un día a mi papá y mi papá estaba en una borrachera la hijueputa, estaba jugando tejo. Y mi

papá así con sus amigos, allá, todos finqueros, y yo le dije: “Papi, yo quiero un algodón”, [y él respondió:] “Ay, ¿se está muriendo de hambre o qué hijueputas le pasa?”. Y uno de los señores que estaba con él me dio unas moneditas y yo me fui. Pasó el señor que estaba con el algodón de azúcar, con esos palos, siempre me acuerdo, y me fui detrás del señor. El señor iba lejos y yo corra detrás del cucho. Pues me había alejado de la tienda donde estaba mi papá. Pues cuando llego yo con ese dulce, encantada, untada hasta donde no podía, mi papá me cogió a botella. Me pegó con una botella de cerveza, porque me le había retirado del lado para irme a comer un dulce que él no me quiso dar. Y el señor que me dio las monedas le dijo: “Déjela, ¿se la va a tragar o qué? Si usted no le compra, ¿quién más?”. Bueno, y se agarraron los dos. Pero mi papá me dio un par de botellazos que en la vida se me va a olvidar. Y ahí fue que cuando a mí en la finca me dijeron que me...

*Fragmento de relato entregado al Mecanismo
No Judicial de Contribución a la Verdad.*

Por un dulce

Si tan solo el mundo fuera
un algodón endulzado,
un caramelo que saboreas
y no quieres abandonar

Si el mundo fuera ese paraíso dulcificado,
entonces la guerra no existiría.

Fragmento n.º 83

Ciudad,

5 de junio de 2013

Género: Mujer

Edad de ingreso: 12 años

Rol: Militar

Actividad: Patrullera

Propuesta seleccionada

Poemario

Yo soy tu madre

En diálogo

Entrevistador(a): Ya cuando tuviste al niño y recibías sueldo, ¿el dinero se iba para él?

Entrevistada: Ahí sí pedía que el sueldo fuera mensual. Cuando yo estaba sola no me importaba que el sueldo llegara cada tres meses. ¿A mí qué? Me compraba las dos o tres cosas que necesito... las toallas higiénicas, porque uno por allá, mijo, eso a punta de trapo de antigüedad no aguanta. Y yo me hice querer tanto de los comandos. Por ejemplo, Don Mario (...) me tocaba la panza y me decía: "Este es el 7.001, y a este chino yo le voy a dar todo lo que a mis hijas no les he dado". Porque él no tenía hijos, solamente hijas. Y él soñaba dizque con un hijo. Tenía dizque uno adoptado, pero no de su propia sangre. Entonces él quería un hijo y soñaba con que yo le dejara ver al pelao y que el pelao fuera de su apellido. ¡Qué tal!, 7.001. Y le había dicho al financiero que cuando mi hijo naciera, mi hijo se llamara así, pa colmo, que lo metiera en nómina. Y a mi hijo le iba a llegar un salario como el mío: 700.000 pesos. Yo no jodía antes por la plata, pero después de que nació el niño sí. Y era sagrada la plata para la casa. Yo me quedaba con 50.000 pesos, pero de resto se lo mandaba a mi prima.

Entr.: Que era la que lo cuidaba...

Entrevistada: Sí, y cuando yo llegué a verlo, imagínese. Yo lo dejé de seis meses. Cuando llegué a verlo, lo fui a recoger a un jardín del Bienestar Familiar. Ya salía uniformado, caminaba, la misma cara mía, con una maletica y una loncherita en la mano. Y le decía mamá a mi prima y eso me partió el alma. Y como mi prima había perdido unos bebés, unos gemelos, entonces se encariñó mucho con él. Y llegar a decirle al pelao: “Vea, mijo, su mamá soy yo”. ¿Cómo le iba a explicar? Eso fue todo un proceso, que la ACR [Agencia Colombiana para la Reintegración] no me ayudó, que quede grabado. Porque eso le tocó a uno.

*Fragmento de relato entregado al Mecanismo
No Judicial de Contribución a la Verdad.*

Yo soy tu madre

Heme aquí, hijo:
la guerra me llevó lejos de tu rostro,
no pude verte crecer
ni sentir tu respiración
en mis horas de sueño

Pero te imaginaba mientras dormía,
te vi caminar hacia mí
dando tus primeros pasos
y pronunciando por primera vez
la palabra mamá

Mas mis horas de ausencia
dejaron en tu frente
el nombre de otra mujer
y a otros brazos pediste
el amor que la guerra
no me dejó darte

Entonces lloré profundamente,
y supe que no había nada
que pudiera pagarme
el amor de tus labios
al llamarme madre.

Fragmento n.º 88

Apartadó, Antioquia,

24 de noviembre de 2015

Género: Mujer

Edad de ingreso: 20 años

Rol: Militar

Actividad: Patrullera

Propuesta seleccionada

Poemario

Alto precio

En diálogo

Entrevistador(a): Se enteró que usted estaba allá.

Entrevistada: Sí, él se fue. Ya ahí sí perdimos contacto, porque ya después, como la niña la tenía mi mamá y él sabía que, pues, esa [era] la única forma de mantenernos como... digamos, era así. Yo llamaba a mi mamá y mi mamá decía: "Ah, Carlos llamó". Y ya, así era que... Y, ya después, ya entonces, yo le di un teléfono de un compañero, ya él me llamaba allá y me decía que me saliera, que me saliera.

Entr.: ¿Y vos por qué decidiste quedarte allá?

Entrevistada: Ah, porque... pues, porque tenía una... una... ¿cómo se dice?, una entrada económica que, o sea, con él no la tenía, pues, así... la hubiese tenido, pues, con él, pero no, así como... como yo... o sea, porque lo que yo me ganaba era lo mismo que él se ganaba, entonces no me podía dar todo lo que yo me ganaba. O sea, lo que él se ganaba no me podía dar todo. Entonces, ya... Igual, él le mandaba a la niña, yo también, entonces ya ahí... por eso. Ya después, como a los... como a los nueve meses... como a los ocho meses ya de estar allá, fue que escuché que... el comandante nos dijo que íbamos a desmovilizarnos. Entonces, ya con más razón me quedé allá esperando la desmovilización.

*Fragmento de relato entregado al Mecanismo
No Judicial de Contribución a la Verdad.*

Alto precio

El vacío
es un lugar lleno
de urgencias y necesidades

Nunca te acostumbras,
a la carencia,
a no tener nada,
o tenerlo todo

Asumes un alto precio
para salir del círculo,
para abandonar la historia,
el pasado que pesa
como una moneda gastada

Abandonas lo que amas,
dejas y aprendes a que te dejen

Asumes el alto precio
de una vida en vacío,
de un fondo
que nada llena.

Fragmento n.º 93

Yopal, Casanare,

29 de septiembre de 2015

Género: Mujer

Edad de ingreso: 11 años

Rol: Militar

Actividad: Punto

Propuesta seleccionada

Poemario

Cazador(a)

En diálogo

Entrevistador(a): ¿Cómo era eso?

Entrevistada: Él me decía: “(...) vaya al pueblo, vaya a los prostíbulos, seleccione tantas peladas. Cuando ya las tenga, me llama y me dice dónde las reúne. Dígales que son por tantos días y yo las mando a recoger”, y siempre era así. Yo iba y le decía al dueño del prostíbulo: “Fulano de tal mandó a decir que necesita tantas mujeres” (...). No. Los muchachos eran muy respetuosos en ese sentido. Lo que sí les exigían era que tenían que usar preservativo. Yo misma compraba el preservativo [risas].

Entr.: Usted compraba los preservativos.

Entrevistada: Sí [risas]. Les daban la comida, la dormida. Ellas duraban tres, cuatro días.

*Fragmento de relato entregado al Mecanismo
No Judicial de Contribución a la Verdad.*

Cazador(a)

Ser el ojo,
el cazador,
el águila que vuela
y toma su presa

El tabernáculo,
la proxeneta,
y hacer que el cuerpo
sea una ofrenda
para calmar el hambre
de un mundo desbastado
por su codicia.

Fragmento n.º 94

Turbo, Antioquia,

6 de julio de 2013

Género: Mujer

Edad de ingreso: 25 años

Rol: Logística

Actividad: Repartidora de víveres

Propuesta seleccionada

Poemario

Horario

En diálogo

Entrevistador(a): ¿Cómo era un día normal tuyo? ¿A qué hora te levantabas?

Entrevistada: Temprano, a las cinco. A bañarme, a estar pendiente. Desayuno, hacía las cosas de la casa, estar pendiente cuando ellos vinieran. Porque tenía que permanecer ahí, porque ellos no decían a qué hora entraban ni a qué hora salían. Llegaban ahí.

Entr.: ¿A qué hora con más frecuencia?

Entrevistada: Más que todo en la noche, después de las diez.

Entr.: Muy poquitas veces en el día, podríamos afirmar eso. ¿Y qué hacías el resto del día?

Entrevistada: Me acostaba a dormir. No había más nada que hacer.

*Fragmento de relato entregado al Mecanismo
No Judicial de Contribución a la Verdad.*

Horario

El día era la Luna
y el Sol la noche
en la que me entregaba al sueño

Habían cambiado los astros

Mi horario era un servicio
a la hora que entraran o salieran,
no había preguntas,
nada que decir,
era cuestión de cerrar las ventanas
y dejar que la oscuridad entrara,
y que tímidamente, entre la sombra,
un rayo de luz me hablara
para sentir
que no estaba sola
y que los días seguían su círculo
mientras yo cerraba los ojos
y deseaba dormir
porque no había nada más
por hacer.

Fragmento n.º 46

Villavicencio, Meta,

7 de junio de 2016

Género: Mujer

Edad de ingreso: 16 años

Rol: Militar

Actividad: Patrullera

Propuesta seleccionada

Poemario

Cabello

En diálogo

Entrevistador(a): ¿Había sanciones específicas para mujeres? Por ejemplo, la que me dice –que les cortaban el pelo dentro del grupo–... ¿también les cortaban el pelo a las mujeres de la comunidad?

Entrevistada: Sí.

Entr.: ¿Eso dónde se veía?

Entrevistada: Eso lo miré (...), cuando las muchachas eran muy locas, que les decían que prepagos y todo eso, las cogieron... cogieron a varias y las calvearon, que eso...

Entr.: ¿Varias son cuántas?

Entrevistada: Como unas ocho, diez.

Entr.: ¿En dónde?

Entrevistada: En Gaitán. Las llevaron pa una finca y las pusieron a trabajar como por un mes, dos meses y las... cuando las soltaron, para que fueran pa'l pueblo, las calvearon. Entonces le... eso fue cuando generaban que “las calvas”.

*Fragmento de relato entregado al Mecanismo
No Judicial de Contribución a la Verdad.*

Cabello

Tomaron el cabello
y lo cortaron,
lo cegaron como al maíz
en la plantación

Regaron las semillas
sobre el campo
para que nacieran nuevamente
y creciera como un signo
de soberbia
la raíz sobre la tierra

Fragmento n.º 48

Apartadó, Antioquia,

23 de noviembre de 2015

Género: Mujer

Edad de ingreso: 15 años

Rol: Militar

Actividad: Patrullera

Propuesta seleccionada

Poemario

Humillación

En diálogo

Entrevistador(a): Bueno. Cuando los rapan, tú luego también me habías comentado que los habían desnudado para examinarlos.

Entrevistada: Sí. Eso fue a los cinco días. Cinco días teníamos de estar en la base cuando llegó el médico y ya ahí nos dijeron que nos quitáramos la ropa. Nos formaron como si fuéramos unos animalitos y dijeron que nos quitáramos la ropa, porque nos iban hacer el examen para ver quién se iba pa su casa y quién se quedaba. Entonces, todo el mundo la dudaba porque no podíamos creer que, de cierta forma, a uno lo manden a desnudar delante de tantas personas. Y uno no está acostumbrada a un estilo de vida de esos (...). Totalmente desnuda. Entonces, ya ahí yo me puse a llorar, porque era una humillación que a uno lo desnuden delante de muchos hombres, mucha gente la que está viendo. Entonces, nos dijeron que el que no se desnudara tenía, pues, sentencia de muerte. Todo el mundo se quitó la ropa de una. Y uno lloraba, pero igual uno no se atrevía a mirar a nadie ni nadie se atrevía a mirarlo a uno. Y ya íbamos pasando por donde el médico. El médico estaba como en una mesita y era el que estaba evaluando, lo revisaba a uno, le miraba los ojos, le revisaba los pulmones, la presión. Decía: “No, este está bueno. Este está bueno. Este se queda”, o: “Este se va”.

*Fragmento de relato entregado al Mecanismo
No Judicial de Contribución a la Verdad.*

Humillación

Llorar,
verter el llanto como una sábana inmaculada
para vestir la desnudez
ante la mirada de los otros,
ante el ojo del que examina
y con su veredicto
señala lo que está bien o mal,
y te da dignidad
o te la quita

Llorar,
como si perdieras la virginidad
con tu carne expuesta
ante un simulacro de morbo
y prestidigitación
Un oráculo
sin nombre, solo letras.

Fragmento n.º 50

Venadillo, Tolima,

5 de junio de 2013

Género: Mujer

Edad de ingreso: 12 años

Rol: Militar

Actividad: Patrullera

Propuesta seleccionada

Poemario

Eso es un hombre

En diálogo

Entrevistador(a): ¿Las mujeres debían tener el pelo largo o debían procurar tenerlo corto?

Entrevistada: Procurar tenerlo corto. Yo ahorita es que tengo el pelo largo, por eso es que lo tengo como una bruja, largo. Pero antes era así, como el suyo. Usted ve una fotografía mía del CODA [Comité Operativo para la Dejación de Armas], cuando yo me desmovilicé, usted me ve y cree que eso es un hombre. Por poco y me faltaba era la gomina. El cabello corto, las uñas cortas. Los hombres y las mujeres bien atalajados.

*Fragmento de relato entregado al Mecanismo
No Judicial de Contribución a la Verdad.*

Eso es un hombre

Cambiar los códigos,
la genética,
dialogar con lo que se cree,
con lo que se piensa,
y negociar los puntos comunes,
las coincidencias,
establecer paralelos
y asumir que se es
o no se es,
que es cara o sello,
que se es mujer,
o se es hombre,
no hay más para más,
no hay puntos medios,
y que para cargar un arma
hay que ser un hombre
o simular serlo,
entonces negocias contigo,
con tu género
y no te importa
si te dicen hombre o mujer,
solo piensas que cuando salgas
te dejarás crecer el cabello.

Fragmento n.º 52

Valledupar, Cesar,

15 de julio de 2014

Género: Mujer

Edad de ingreso: 17 años

Rol: Militar, logística

Actividad: Radiochispa, cocinera

Propuesta seleccionada

Poemario

Con la muerte atrás de la oreja

En diálogo

Entrevistador(a): ¿Y con relación a las relaciones sexuales del mismo sexo? ¿Gais, lesbianas?

Entrevistada: Te digo que en el grupo nunca hubo lesbianas ni gays, pero era algo que siempre lo veíamos mal. Yo te voy a dar la palabra precisa, allá [decían:] “No, de esos maricas yo no gusto, suerte con esos maricas” o: “No, no, que esas viejas lesbianas, si quiere que les den, que me digan que yo les doy, pero esa vaina que...”. O sea, era así. Tú sabes que uno en la guerra hablaba... tenía sus relajos muy...

Yo, sin embargo, yo perdí un poco la femineidad [sic] cuando me fui para allá. Yo era de pronto... tenía mucha femineidad, pero cuando estuve en la guerra como que todo cambió: mi tono de voz, mi modo de andar, mi agilidad. Yo tengo vecinos en el barrio que le dicen a mi esposo: “¡Oiga!, esa hembra suya es una mujer pila, a esa mujer le baila el ojo”. Y yo: “¡Eche! ¿Y yo qué culpa tengo?”. O sea, eso fue lo que me dejó la guerra. Mi papá dice: “Yo no sé yo ni qué es lo que tengo, si es hombre o una mujer en la casa”. Me dice mi papá, porque él dice que yo tengo más agilidad que el hermano mío, el varón.

Entr.: Pero ¿tú viste que esa agilidad era necesaria desarrollarla para sobrevivir?

Entrevistada: Sí, porque uno ahí estaba, como dice uno, “con la muerte atrás de la oreja”.

*Fragmento de relato entregado al Mecanismo
No Judicial de Contribución a la Verdad.*

Con la muerte atrás de la oreja

El resabio de los días
deja su peso sobre los hombros
y te aferras a levantar la voz
como si tuvieras que gritar,
arañar el silencio con ímpetu
para hacer sentir tu rabia
sobre las cosas que no puedes cambiar,
y tu pulso
asume el ritmo de un día agitado
como si corriera tras de sí,
como si tuviera que danzar un baile que no acaba,
y aprendes a vivir
siendo respuesta,
recibiendo órdenes y cumpliéndolas,
y la voz dulce se acaba,
irrumpe en ti el río violento,
el rumor del agua contenida
sobre el filo del abismo
y escuchas, a media voz,
cómo late el silencio de la vida,
tu nombre una y otra vez
como si fuera la muerte
que habla a tu oreja.

Fragmento n.º 13

Medellín, Antioquia,

11 de marzo de 2016

Género: Mujer

Edad de ingreso: 13 años

Rol: Militar

Actividad: Patrullera

Propuesta seleccionada

Poemario

La rebeldía

En diálogo

Entrevistador(a): Listo. ¿Por qué te da, pues...? Una época de rebeldía. ¿Qué es lo que te hace llegar al punto como de la rebeldía? ¿Qué pasa en esa época en que estás entrando –que ya dejas de ser niña– a empezar la adolescencia, que es precisamente eso de los doce, trece años?

Entrevistada: Por ejemplo, yo pedía permiso para irme a jugar con mis amigas, no me dejaban.

Entr.: ¿Por qué?

Entrevistada: No sé. No podía tener ni hablar con un amiguito, que porque era mi novio y me pegaban por eso. ¿Qué más? No hacía caso de ir a llevarles la comida a los trabajadores: pelas. Eso era pelas seguidas. Entonces, como que me aburrí por eso.

Entr.: Cuando te aburres de esa situación, ¿entonces qué pasa?

Entrevistada: Ya pasaron los elenos [miembros del ELN] y me fui.

Entr.: ¿Cómo? ¿Por dónde pasaron?

Entrevistada: Por la casa.

Entr.: ¿Pasaban cotidianamente?

Entrevistada: Ah, sí, eso era...

Entr.: ¿Cuándo y cómo pasaban?

Entrevistada: Eso era cada rato.

Entr.: ¿Entonces?

Entrevistada: Entonces... ah, yo...

Entr.: ¿Ellos pasaban uniformados?

Entrevistada: Sí.

Entr.: ¿Tú estabas sola que...? ¿Cómo te les pudiste acercar sabiendo que te cuidaban tanto?

Entrevistada: No, porque ellos cocinaban ahí en la finca, se bañaban. Pues, igual nadie les podía decir nada, porque, pues, el miedo.

Entr.: Claro, era la ley ahí.

Entrevistada: Eso. Entonces ellos llegaban y cocinaban... llegaban y como la finca era de panela...

Entr.: Sí, ¿tenían molino allá?

Entrevistada: Sí. Y ganadería. Entonces, ellos llegaban y hablaban era con mi abuelo: "Necesitamos tanta panela, déjenos cocinar". [Y él decía:] "Bien pueda, cojan las ollas". Entonces yo tenía mucha oportunidad de hablar con las muchachas, las mujeres de ahí. Entonces, ellas me decían: "¡Ay! ¡Vámonos! Esto es bueno". Entonces, yo las admiraba a ellas porque eran muy bonitas, entonces ellas me decían: "No, vámonos que acá gana

plata, que aquí va a estar bien". Y yo: "Ah, bueno". Entonces, yo me volé con ellos por la noche.

Entr.: ¿Usted qué se imaginaba entonces que ellos hacían o qué? ¿Qué te imaginabas en esa época?

Entrevistada: Yo me imaginaba que era que, pues, se colocaban pues el uniforme verde... Como ellas andaban con el uniforme de Policía, entonces que se colocaban ese uniforme, la gorrita, que el arma, y que eso era andar y caminar. Y ya como ellos lo... pues como ellos pasaban por la finca, mantenían en la finca, entonces era la imaginación. De resto no.

*Fragmento de relato entregado al Mecanismo
No Judicial de Contribución a la Verdad.*

La rebeldía

Llega una edad
en la que ya no eres una niña,
y el calor de la libertad
empieza a soplar en tu oído
como la voz de un adulto
al que escuchas que te dice:
“Vente con nosotros”,
y crees que el mundo es esa promesa
hecha de posibilidades
para jugar con quien quieras,
para hacer lo que te da la gana,
para reír mientras maquillas tu rostro
o para hablar con tus amigos

Pero de aquello que imaginabas
no hay una coincidencia alegre,
sino una burla,
una cachetada

El mundo pierde ese brillo único
en el que la rebeldía
se asemejaba a un abanico
lleno de aire
para los días desiertos.

Fragmento n.º 17

Información de origen protegida

Propuesta seleccionada

Poemario

Salvación

En diálogo

Entrevistador(a): ¿Para que te entregara al grupo?

Entrevistada: Sí. Él dijo qué me querían hacer, dijo que nada, que él no me iba a matar ni me iba a hacer abortar, sino que él no quería que la sangre de él quedara regada por ahí, fue lo que le dijo al funcionario (...). Él me llamó un día como a las siete de la noche, yo vivía ahí donde estaban los pelaos de él, ¿sí? Ahí en el... que sí, el recluta, no sé qué será de la Policía.

Él me dijo: “Vamos y la invito a comerse una empanada y una gaseosa que quiero que usted me cuente algo”. Él me preguntó, me dijo: “¿Usted me va a decir una cosa?”. Y yo le dije: “Señor”. Me dijo: “¿Usted por qué se desmovilizó?”. Yo le dije: “Por esto, esto y esto”. Me dijo: “¿Quién es el papá de la barriga, de ese bebé?”. Yo le dije: “¿Por qué?”. Dijo: “Dígame la verdad y yo le cuento”. Yo le dije que un paramilitar. Me dijo: “¿Él sabe que usted está embarazada?”. Yo le dije: “Hasta el momento, que yo sepa, no”. Me dijo: “¿Usted quisiera que él se enterara y quisiera que usted volviera con él?”. Yo le dije: “No, si él lo contactó o usted me piensa entregar, no lo haga”.

Y yo ese día me puse a llorar, yo me le arrodillé a él ahí en el establecimiento, le dije: “Porque ese señor me mata, porque él muchas veces me lo dijo, que me cuidara y que no me fuera a dejar embarazado porque él no quería hijos”.

Entr.: ¿No quería hijos?

Entrevistada: Mejor dicho, niños con una reputación como yo. Él me dijo: “¿Usted qué piensa hacer?”. Yo le dije: “Yo me desmovilicé porque dicen que ese programa lo cuida a uno y le da protección. Por eso

yo me entregué a la Infantería de Marina y pedí ayuda". Él se quedó mirándome y me dijo: "¿Usted cuántos años tiene?". Yo le dije: "Yo tengo dieciocho años". Me dijo: "Es que él me dijo esto, esto y esto". Yo le dije: "No lo haga, por favor". Él me dijo: "Tranquila, que yo no lo voy a hacer".

A los dos días, o sea, del mismo... de la misma angustia y eso, yo empecé otra vez a manchar. Me hospitalizaron y yo le dije al médico que me sacara de ese pueblo, porque a mí me iban a matar. El médico hizo la remisión y me mandaron para Bogotá. En Bogotá yo alcancé a tener un mes más y me enfermé. Un mes cerradito. Yo llegué en junio, el 8 de junio yo llegué a la ciudad de Bogotá y mi hijo nació el 8 de agosto, y ahí termina mi historia [risas].

*Fragmento de relato entregado al Mecanismo
No Judicial de Contribución a la Verdad.*

Salvación

Su sangre en mi vientre
como la extinción de su vida,
como el fin,
el puñal
para cegar la semilla,
que en mí crecía
como un árbol fuerte,
la voluntad de vivir,
la coraza que me protegería
de todo mal,
del desierto
y de la oscuridad,
abriéndose la luz
y en ella
mi salvación,
mi alumbramiento.

Fragmento n.º 19

Medellín, Antioquia,

24 de mayo de 2016

Género: Mujer

Edad de ingreso: 27 años

Rol: Logística

Actividad: Cocinera, oficios varios, enfermera

Propuesta seleccionada

Poemario

Rabia

En diálogo

Entrevistador(a): Y, para terminar, ¿tienes algo que quisieras contarles a las víctimas en Colombia del conflicto?

Entrevistada: ¿Qué te digo? Lo mío fue una decisión como de rabia en el momento. Yo pensé que... o sea, en mi ignorancia, yo pensé que yo metiéndome a un grupo de esos... yo lo hice más que todo como por rabia, porque habían matado a mi hermano que era, pues, como la... una parte como tan especial pa nosotras. Y [por] la separación de mi compañero, el maltrato que yo tenía, el maltrato que yo tenía físicamente. O sea, él me maltrató como él quiso. Entonces, yo como que me llené como de esa rabia, como de esa... yo digo que mi misma ignorancia... Hoy por hoy, digo que en mi misma ignorancia yo pensaba que esa era otra vida. Y mentiras, yo no saqué nada con eso. Yo de igual manera no... que nunca, pues, tomen una decisión como que las lleve... como que las enceguezca. No, esa vida no. No, esa vida no. Jamás en mi vida la quiero en mi familia, ni ninguno de mis hijos, ni nada. A pesar de que no fui maltratada, a pesar de que no fui violada, a pesar de que no... que me respetaron, pero vi cosas pues que no, que no era la... que eso no es la vida.

*Fragmento de relato entregado al Mecanismo
No Judicial de Contribución a la Verdad.*

Rabia

Habían asesinado a mi hermano
la mano que sostenía mi rostro
en los días de lluvia

Fue todo inundación,
llanto y agua sobre la mesa,
y debajo de la cama
un río violento
que se llevaba al único amor
entre las piedras
que rugían con sus voces
graves
y pesadas,
entre las que mi nombre se
repetía
como el sollozo de los peces
y la rabia se hizo un pez
enorme
y veloz
que crecía
entre las lágrimas de mis ojos

Después del agua,
el desierto en el que mi corazón
volvió a su pasado de agua
y sufrió la sed de la ira

Se había hecho tarde
después de la muerte de mi
hermano

La inundación había tocado
la costa inerte de mi pecho
y tras la violencia de las manos
de un hombre
el fuego había extinguido
el último espejo de agua
de mi desierto,
y había tanta sed en mí
que ya no se llenaba nada,
ni con rabia,
ni con dolor,
esa no es la vida.

Fragmento n.º 56

Villavicencio,

Meta, 4 de marzo de 2016

Género: Mujer

Edad de ingreso: 31 años

Rol: Militar

Actividad: Patrullera

Propuesta seleccionada

Poemario

El señalamiento

En diálogo

Entrevistada: No, el Gobierno nos cerró la puerta en todo: en vivienda, en salud, en el estudio, en todo. ¿Por qué? Porque el estudio... lo que yo le he contado, doctora. Allá entraba usted a su colegio, ya sabían que ahí venía un desmovilizado. Si entraba a la escuela, [la gente decía:] “Ahí viene un desmovilizado”. Si entraba a la Casa de la Cultura a hacer una reunión, [decían:] “Allá van los desmovilizados”. Eso fue lo que hizo el Gobierno con nosotros. Antes, como ponernos al... lo único que hizo fue... falta ponernos una camisa y [que tenga escrito:] “Soy desmovilizado”.

*Fragmento de relato entregado al Mecanismo
No Judicial de Contribución a la Verdad.*

El señalamiento

Te miran,
te señalan,
te indican con un dedo
como si fueras una cicatriz
que no se cierra,
un ejemplo a no seguir,
una cosa mal hecha
o un error

No te llaman por tu nombre,
murmuran
“desmovilizado”
y la sola palabra en la que te encierran
te inmoviliza,
te confina a un lugar pequeño,
a una celda de la que no puedes salir
por el señalamiento.

Fragmento n.º 61

Venadillo, Tolima,

5 de junio de 2013

Género: Mujer

Edad de ingreso: 12 años

Rol: Militar

Actividad: Patrullera

Propuesta seleccionada

Poemario

El reto

En diálogo

Entrevistada: Pero no, no me permitieron llegar hasta donde yo quería.

Entrevistador(a): ¿Que era...?

Entrevistada: Conocer la escuela (...). Y yo lo hacía porque me gustaba el tema del entrenamiento y porque cuando yo estaba pequeña... yo soy la única mujer, la mayor de cuatro. Adelantándome en la historia, cuando yo llego a hablar con mi papá y a contarle el rollo, mi papá me dice: "Hijueputa, ¿cómo se le ocurre? Mire a sus hermanos". Cuando me desmovilicé, llego y encuentro a uno de las Fuerzas Especiales, había estado en entrenamiento en el Batallón Colombia en Estados Unidos y en no sé dónde. Tenía el cuadrito de honor. Y, seguido, el de la Brigada Contra el Narcotráfico. Y el otro en la Escuela de Suboficiales. Y llego yo, paramilitar [risas]. Al cucho casi le da un yeyo. Me hubiera gustado estar en la escuela (...). ¿Le digo por qué? Porque yo siendo mujer, pa mí ha sido un reto demostrarle a mi papá que no servía únicamente pa tener hijos y pa lavar ollas y pa cuidar al marido, como me lo decía cuando pequeña. Y mi papá decía que para qué me daba estudio: "¿Para qué? Al fin y al cabo, va a terminar parida y va a conseguir marido, y no sé qué". Para mí eso fue un reto, y sigue siendo un reto, y esas palabras no me las puedo quitar. Entonces, que una mujer llorara, que un cólico, que no sé qué, "No, señor". Y esa era una de las escuelas duras de la zona.

*Fragmento de relato entregado al Mecanismo
No Judicial de Contribución a la Verdad.*

El reto

Vas a ser diferente,
naciste para un oficio distinto
al de fregar platos
o alimentar a tu familia

Piensas demostrar esas
cualidades
a tu padre y a tus hermanos,
a los hombres de la casa
para que quizá te nombren de
otro modo
y te traten igual,
así seas mujer

Llorar, ¡no señor!

Es un reto,
un juego de dados
y la suerte está echada
cuando eres diferente
a los señores de la casa

Aprendes que debe ser
de otro modo,
de otra manera
para recibir el aplauso del
padre
y el respeto de todos

Sin embargo, te equivocas,
y eso lo aprendes luego,
cuando tu padre
y tus hermanos varones
te miran con desprecio,
como si por nacer mujer
ya debieras demasiado,
y hagas lo que hagas
nada puede ajustar
esa deuda con la que
sobrevienes
sobre un mundo
hecho para hombres.

Fragmento n.º 70

Apartadó, Antioquia,

24 de noviembre de 2015

Género: Mujer

Edad de ingreso: 20 años

Rol: Militar

Actividad: Patrullera

Propuesta seleccionada

Poemario

Verraca

En diálogo

Entrevistador(a): Pero, digamos, ¿eran mujeres como verracas o...?

Entrevistada: Sí, verracas, porque uno para irse por allá tiene que ser muy verraca, para uno irse por allá para el monte con ese poco de hombres, buscando que lo violen a uno.

Entr.: ¿Y cómo era el trato, o sea, por lo general de los patrulleros hacia ustedes las mujeres?

Entrevistada: Como te... Allá es lo mismo que acá, si... si uno acá se gana el respeto, todos lo respetan. Pero si uno allá empieza, por ejemplo, como se dice vulgarmente, a repartirle nata a todo mundo, obvio que no lo van a respetar a uno.

Entr.: Y, por ejemplo, ¿había también patrulleros que en algún momento querían como aprovecharse de ustedes o cogerlas a la fuerza?

Eda.: No.

*Fragmento de relato entregado al Mecanismo
No Judicial de Contribución a la Verdad.*

Verraca

Verraca,
como una mujer
difícil

Esa era la idea
que se tenía sobre las mujeres
que se hacían respetar,
dicen los hombres,
como si hubiera una selección,
como si se clasificase
para no ser respetada

Entonces,
todas teníamos que ser verracas
para aspirar a un trato digno,
a un código de valor
impuesto por aquellos
que nos habían dado
ese apelativo para separarnos
y escindir nuestros cuerpos
como un animal que se marca
o se nombra de forma diferente
para ser visto de otro modo,
para ser vinculada a un grupo
y ser verraca.

Fragmento n.º 106

Información de origen protegida

Propuesta seleccionada

Poemario

El castigo

En diálogo

Entrevistada: Ahí nos... nos metían. Tenían abajo como unos tronquitos de palos enterrados. Usted no tenía opción de sentarse ni nada, sino estar como semiagachada, porque tenía una pita de alambre así, tejido como si fuera una telaraña.

*Fragmento de relato entregado al Mecanismo
No Judicial de Contribución a la Verdad.*

El castigo

Quedarte quieta
y escuchar
la voz trenzada del alambre
en su silencio
repetiendo una a una
las palabras que al llegar a ese lugar
te dijeron:
“Es tu culpa, debes aprender”
y sentir
el aire como un filo de agua
que se desliza sobre tu lengua
mientras te dices a ti misma:
“Es tu culpa, no lo volverás a hacer”,
y crece la sombra
sobre el acero de la celda,
entonces ya no te sientes sola
en esa telaraña de alambre
en la que te han confinado
con un nombre que revelas
y al que nombras “miedo”.

Fragmento n.º 25

Yopal, Casanare,

29 de septiembre de 2015

Género: Mujer

Edad de ingreso: 11 años

Rol: Militar

Actividad: Punto

Propuesta seleccionada

Poemario

Mi madre

En diálogo

Entrevistada: Ese día eran las nueve de la mañana. Estaban mis tres hermanos, mi señora madre, cuando venía bajando de la montaña un grupo de uniformados. Llegaron a la finca, le dijeron a mi mamá que si tenía queso para que les vendiera, y leche. Mi mamá les dijo que sí. Yo me encontraba lavando una loza. En ese momento me resbalé, me caí y se me partieron los platos. Mi mamá estaba cortando un pedazo de carne y ella me trató mal, me pegó en la cocina. Entonces yo salí otra vez para el lavaplatos a recoger el reguero, cuando yo le dije: “Ay, pero es que mi mamá sí”. Le respondí, sí, mal, y mi mamá me lanzó el cuchillo. Yo me agaché y el cuchillo quedó insertado en el árbol. Incluso esa gente estaba ahí todavía, cuando yo le dije: “Pero ¿qué?, ¿ahora me va a matar?”.

Entrevistador(a): ¿Y qué?

Entrevistada: Me colgó a la viga. En ese momento los únicos que estaban eran patrulleros ahí y le dijeron a mi mamá que no hiciera eso. Mi mamá les dijo que no fueran metidos. Al momentico, como a la media hora de yo estar colgada, llegó un comandante, (...) le dijo a mi mamá que por qué yo estaba ahí. Ella le dijo que era que yo era muy grosera, que yo no le hacía caso, que todo, que le... le destruía las cosas. El señor me mandó a bajar. Cuando me mandó a bajar, yo tenía las manos cortadas del lado y toda reventada de los rejazos que ella me había pegado. Entonces él me dijo que fuera y buscara mi ropa, mis cosas, que yo me tenía que ir con él, porque, si no, mi mamá me iba a matar. Yo le dije que no, que yo no me quería ir, y él me dijo: “Se va conmigo o mato a su mamá, porque su mamá es una bruta y su mamá no sabe criarlos”.

(...). Me echaron... me llevaron con ellos. Duramos caminando cuatro días por potreros. Cuando yo le dije a él que qué iban a hacer conmigo, él me dijo que me iba a llevar para la finca, que yo allá iba a estar mejor que al lado de mi mamá. Cuando llegamos a la finca había cantidad de hombres, muchachos con camuflados y armamento, niños. Niños por ahí de doce, trece, catorce años. Había bastantes niñas. Me dijo que esa iba a ser mi nueva casa.

*Fragmento de relato entregado al Mecanismo
No Judicial de Contribución a la Verdad.*

Mi madre

De una viga
como si con Jesús no hubiese bastado,
mi madre colgó mi cuerpo,
como un sacrificio
que ofreció al primer postor
que hizo arribo a la casa

Ir por mis cosas,
salir del hogar,
en medio de un rescate en el que perdí
parte de mi vida

Había llegado a otro lugar
en el que, como yo,
había niños y mujeres
no sé si maltratados por sus madres
pero ahí estaban, como yo,
al parecer salvados,
como sacrificios o corderos
dados a los dioses
que todo lo ven, que todo lo castigan.

Fragmento n.º 28

Cúcuta, Norte de Santander,

9 de junio de 2017

Género: Mujer

Edad de ingreso: 17 años

Rol: Logística

Actividad: Radiochispa

Propuesta seleccionada

Poemario

También me pegaba

En diálogo

Entrevistador(a): (...). Pues, siendo mujer, de pronto no una violación, pero sí de pronto que un man le hubiera pegado, o...

Entrevistada: Sí. En ese sentido, sí...

Entr.: O sea, que hubiera habido como una relación discriminatoria frente al género, me refiero. ¿Qué escuchaste tú, por ejemplo?

Entrevistada: Pues que... por lo general, que siempre había un tipo que le pegaba a la vieja.

Entr.: ¿Pero paramilitar?

Entrevistada: Sí, sí, era... que llegaba borracho y que porque de pronto él... pues, por lo que era él o porque... Bueno, en fin, le pegaba a la mujer.

Entr.: ¿Y lo sabían dentro del grupo o eso más bien lo sabían ustedes entre mujeres?

Entrevistada: Muy pocas personas. Sí. Y pues nadie hablaba nada porque, pues, como dice uno, allá es ciego, sordo y mudo, no puede...

Entr.: ¿Conociste algún caso así también similar, que no fuera solamente de un hombre que le pegara a la mujer, sino que fueran varios? ¿O era solamente ese tipo del que me estás hablando?

Entrevistada: Y a mí me pegaban.

Entr.: ¿También? ¿Ese mismo tipo?

Entrevistada: No, el marido que yo tenía me pegaba.

Entr.: Entonces, vamos a ponerlo.

Entrevistada: Sí, tuve muchos años que... no me quiero ni acordar.

Entr.: ¿Y por el mismo motivo, llegaba borracho y abusaba?

Entrevistada: De pronto porque uno les demostraba miedo, por eso no... por eso hacían con uno lo que les daba la gana, ¿ve?

*Fragmento de relato entregado al Mecanismo
No Judicial de Contribución a la Verdad.*

También me pegaba

Hacían con uno
lo que les daba la gana,
golpearte porque sí,
porque era lo dispuesto,
lo que hacían todos los demás
como una suerte de repetición
o rutina adquirida

Quizá era el miedo,
como un perro al que golpeas
y vuelve a ti
con el mismo cariño,
sin memoria

Quise olvidar
y pasé muchos años sin recordar
hasta que el golpe
volvía
como una especie de renovación
en la piel acostumbrada
a tener marcas invisibles.

María Fernanda Ceballos Calvache

Memorias para ilustrar

Fragmento n.º 15

Montería, Córdoba,

4 de diciembre de 2014

Género: Mujer

Edad de ingreso: 26 años

Rol: Logística

Actividad: Cocinera

Propuesta seleccionada

“No, a usted aquí no le va a pasar nada”

En diálogo

Entrevistada: Y yo cuando vi a esos hombres uniformados dije: “Dios mío, ¿dónde me metí yo? ¿A dónde me trajo esta señora?”. Bueno, ya después, más tardecito, que ya quedamos un poquito solitas así ella conmigo, yo le dije: “¿Usted por qué no me dijo que usted estaba trabajando con quien trabaja usted? ¿Con quién trabaja usted? ¿Qué hace usted?”. Me dijo: “Yo me estoy ganando mi plata”. Y le dije: “Pero me hubiera dicho la verdad. Usted sabe que yo tengo dos hijas, tengo mi mamá que se la pasa enferma”. Entonces yo me puse a llorar porque no me sentí bien.

Entrevistador(a): Claro.

Entrevistada: [Silencio y llanto] Entonces, ella me dijo: “No, a usted aquí no le va a pasar nada”. Yo le dije: “No, pues, eso es lo que yo le pido a Dios, porque yo tengo dos hijas. Usted sabe que yo tengo a mis papás todavía... están a cargo mío. Usted me había dicho la verdad, yo no me habría movido de mi pueblo [sic]”. Entonces, desde que yo llegué... Llegamos como a las cuatro de la tarde, la señora me dijo: “Venga para que me colabore aquí en la cocina”.

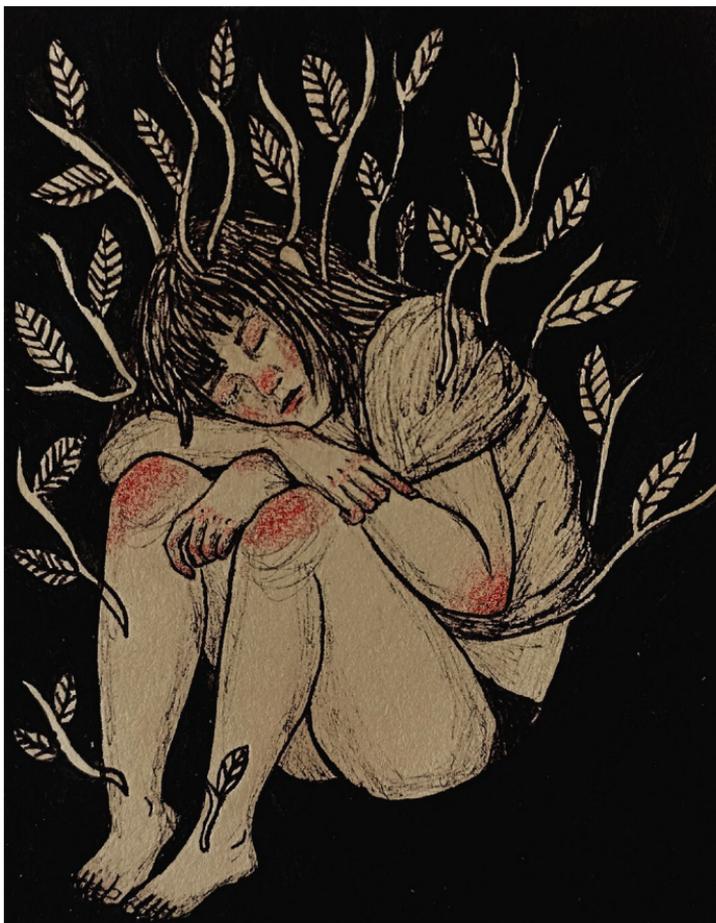
Yo enseguida empecé a trabajar, a cocinar. Al día siguiente, a las cuatro de la mañana, ya todo el mundo estaba de pie, sobre todo las mujeres. Ya todo el mundo se estaba bañando, alistándose. Entonces, yo... Ellas eran tres, entonces la otra que buscaron era para que cuando una saliera de permiso, la que entró últimamente reemplazara a esa señora...

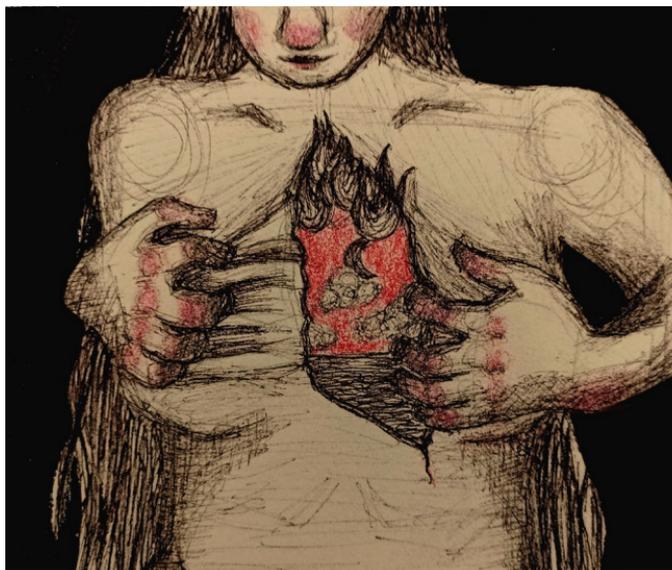
Entr.: ¿Usted era el reemplazo?

Entrevistada: Sí. Entonces ella me dijo: “Véngase para acá, para que me ayude aquí en la cocina a mí, que (...) sale de permiso la señora con quien yo me apoyo aquí”.

*Fragmento de relato entregado al Mecanismo
No Judicial de Contribución a la Verdad.*

“No, a usted aquí no le va a pasar nada”







Elizabeth Daniela Rojas Mora

Memorias para comprender

Fragmento n.º 9

Venadillo, Tolima,

5 de junio de 2013

Género: Mujer

Edad de ingreso: 12 años

Rol: Militar

Actividad: Patrullera

Propuesta seleccionada

Título: Mujeres de la tierra: el descenso

de las niñas en la guerra colombiana

Medellín, julio de 2022

Autora: Susana Patricia Arenas Giraldo

En diálogo

Entrevistador(a): ¿Por lo vivido?

Entrevistada: (...). Entonces a los doce años, cuando yo iba para la escuela que quedaba en la vereda, había unos muchachos que eran un poquito mayores que yo, y estos muchachos estaban hablando de que había un señor que había llegado a la finca, que había comprado una finca y que tenía mucha plata, y que lo que yo hacía en la casa por un plato de comida lo podía hacer en una finca y me pagaban, porque ni zapatos tenía pa irme al colegio. No tenía una maleta, tenía una bolsa pa echar mi cuaderno, ¡ay, Dios! (...).

Ese señor dijo que sí nos iba a dar trabajo, pero empezó a preguntarnos, entre el tema laboral, empezó a preguntarnos: “¿Y cómo ven las cosas ustedes por aquí? Mucha guerrilla, ¿cierto?”. Y yo: “¡Jum...!” con lo que le había pasado a mi papá. Una vez la guerrilla llegó y lo tiró al suelo y le escupía bala alrededor; y yo decía: “Esos hijueputas. Y ese comandante (...), que se cree la mamá de Dios, ¿cómo se le ocurre hacerle esto a mi papá? Es un hijueputa”. Y que no sé qué. Bueno, y ese señor [decía]: (...) “¿Y ustedes qué pueden hacer? ¿Ustedes qué creen que se puede hacer en contra de ellos? ¿O cómo le podemos poner el macho a esto?”.

*Fragmento de relato entregado al Mecanismo
No Judicial de Contribución a la Verdad.*

Mujeres de la tierra: el descenso de las niñas en la guerra colombiana

Nosotras, las mujeres colombianas, fuimos convocadas a la guerra desde la infancia, nos llevaron lejos de los ranchos, fuimos atraídas a una guerra ajena, a una guerra de los hombres. Éramos niñas y no comprendíamos la trampa tendida por los uniformes y los ejércitos. Nosotras vivíamos en familias donde éramos olvidadas, silenciadas y marginadas. Nacimos entre la leña y el hambre. La salida del sol marcaba nuestro destino hacia la cocina y la tierra. Al oficio de la supervivencia. Las niñas del campo colombiano no fuimos llamadas por los profesores o los libros, por las letras o los lápices. Nosotras somos las hijas de la dureza del corazón de nuestros padres y de nuestro Estado. Las prisioneras de los ejércitos y de los hombres.

Así, con nosotras, hubo guerra en Colombia. En nuestros cuerpos aconteció la penumbra de la vida. Cuerpos infantiles, tomados para matar y para morir, que se fueron transformando durante el tiempo de la guerra. El mismo tiempo en que ocurría el desvanecimiento de los algodones de azúcar y los caminos de la escuela y acontecía la clasificación de nuestros

cuerpos desnudos, como potencia de la muerte propia y de los otros, en un tiempo determinado por la señal del fusil en dirección al exterminio. Éramos niñas, tomadas por la guerra, con temor a la muerte, marchando hacia el encuentro con el bando contrario. El corazón se convirtió en un tambor de guerra, el miedo heló nuestra piel y nuestras muecas de dolor fueron bañadas por las lágrimas de la disolución de la vida. Éramos niñas en el silencio del trabajo y la obediencia, golpeadas en las cocinas de los ranchos por romper los platos, por la palabra dicha, por jugar en vez de trabajar. Nuestros ojos jóvenes presenciaron desde el horizonte la promesa de la libertad, la distancia del hogar y la huida del castigo por haber nacido. Desde la viga de la que fui colgada, con la piel herida por los golpes, reconocí en la lejanía las figuras de hombres armados que venían hacia mí para desatar mi cuerpo de niña, alcanzado por el miedo y las lágrimas, que aún no lograba vislumbrar los afanes de los fusiles y la sangre, de la selva y de la muerte.

Entrevistada: Me colgó a la viga. En ese momento los únicos que estaban eran patrulleros ahí y le dijeron a mi mamá que no hiciera eso. Mi mamá les dijo que no fueran metidos. Al momento, como a la media hora de yo estar colgada, llegó un comandante, (...) le dijo a mi mamá que por qué yo estaba ahí. Ella le dijo que era que yo era muy grosera, que yo no le hacía caso, que todo, que le... le destruía las cosas. El señor me mandó a bajar. Cuando me mandó a bajar, yo tenía las manos cortadas del lado y toda reventada de los rejazos que ella me había pegado. Entonces él me dijo que fuera y buscara mi ropa, mis cosas, que yo me tenía que ir con él porque, si no, mi mamá me iba a matar.

Yopal, Casanare. 29 de septiembre de 2015. Género: Mujer.
Edad de ingreso: 11 años. Rol: Militar. Actividad: Punto.

Mis ojos de niña presencian mi propia desnudez y la de los otros niños, bajábamos la mirada al comprender que nuestros cuerpos

serían revisados como máquinas de guerra y que no nos pertenecían más. Éramos instrumentos de despersonalización de la vida. Cuerpos desnudos y frágiles, habituados a la dureza del trabajo y a la carencia, ahora convertidos en cuerpos de combate, despojados de nuestro nombre y origen, llevados a otro territorio para desarraigarnos y enlistarnos en el espacio liminar de la muerte, donde nosotros ya no existiríamos más.

Entrevistada: Totalmente desnuda. Entonces, ya ahí yo me puse a llorar porque era una humillación que a uno lo desnuden delante de muchos hombres, mucha gente la que está viendo. Entonces, nos dijeron que el que no se desnudara tenía, pues, sentencia de muerte.

Apartadó, Antioquia. 23 de noviembre de 2015. Género: Mujer.
Edad de ingreso: 15 años. Rol: Militar. Actividad: Patrullera.

Las niñas miran entre sí sus rostros y sus miradas son presencia de alivio en la soledad y la obediencia a la guerra. Estamos rodeadas por hombres con fusiles que toman nuestro tiempo de infancia para señalarnos el camino de la nostalgia y del silencio. Nuestros cuerpos de niñas han dejado de ser los receptáculos de los golpes de los padres, para convertirse en caminantes de un territorio innombrable, esquivo y agreste, un país innombrable. El dolor sobre el cuerpo infantil que dejaron las manos de los padres preparó la llegada para nuestros comandantes de horror.

Entrevistada: (...). Yo nunca he podido superar eso. Nunca, nunca lo superaré, yo digo que no lo superaré, porque fue algo... Vea, yo salí de allá, yo me bañé mucho, me bañaba, y la gente me decía: “Uy, huele a feo. Huele horrible”. Ese olor se me pegó en la piel.

Apartadó, Antioquia. 23 de noviembre de 2015. Género: Mujer.
Edad de ingreso: 15 años. Rol: Militar. Actividad: Patrullera.

El calabozo, la base y el monte son los lugares en los que pasa la guerra. Lugares fríos de soledad y miedo, marcados para siempre en la memoria del cuerpo. Son los orificios del tiempo que muestran, desde la lejanía del propio interior, cómo la vida se extingue entre el grito de las órdenes y la explosión de la tierra, dando paso al descenso hacia el calabozo (ese espacio vacío, cercado por el olor de la sangre y el sudor que desprende la piel, donde nuestro cuerpo de niña se convierte en un cuerpo de guerra; veloz para huir de la muerte, voraz para cazar a la presa del bando contrario, con la piel húmeda que aísla del tacto y las manos fundidas al metal de la muerte).

Los conjuros del abuelo y las plantas originarias, guardadas generación tras generación por los guías de la tierra, parecen exiguas para salvar la vida, para librar a las nuevas generaciones de las balas, la sangre y el combate. El cuerpo del chamán es insuficiente para mantener el equilibrio entre el cielo y la tierra. El punto de origen llega a su fin y devora al mundo, se expande sobre la tierra, mientras el árbol primigenio se consume entre las llamadas de la muerte. El centro se disuelve y el mundo termina. La magia del taita ya no salva la vida. Solo quedan el ocultamiento y la metamorfosis, el azar de la huida entre los cuerpos conocidos y las pieles salvajes.

Entrevistada: Cuando yo sentí que no había nadie, yo salí. Cuando vi una linterna, entonces yo volví y me escondí. Al otro día yo salí a las cinco de la mañana de ahí por toda una trocha. Llegué donde mi abuelo que vivía ahí cerquita de la finca donde yo estaba, mi nono por parte de mamá (...). Cuando yo llegué, mi nono es de esas personas que él es... No sé si usted de pronto crea en eso, pero él es brujo.

Yopal, Casanare. 29 de septiembre de 2015. Género: Mujer.
Edad de ingreso: 11 años. Rol: Militar. Actividad: Punto.

Las niñas olvidadas de Colombia fuimos llevadas a las bases y a los campos de entrenamiento para realizar el tránsito de nuestra infancia golpeada a un ejército clandestino, donde nuestros padres fueron reemplazados por comandantes y donde los oficios de la casa y la tierra fueron reemplazados por los oficios de las armas y el miedo.

Nuestro temor con el ingreso a la guerra se insertó en nuestros cuerpos. No hubo defensa en el tránsito hacia los campos de entrenamiento. Nada se atravesó en el camino de la muerte. Las madres no lograron persuadir mediante súplicas y lágrimas el retorno de sus hijas. Nadie salvó a las niñas del destino determinado por los hombres. Nosotras recibimos en las manos un fusil, en vez de una manzana dulce. El triunfo de la guerra fue el triunfo del olvido, de la pérdida de los campos verdes de juego y de los circos pueblerinos, por la inclemencia de los comandantes, que pusieron de escudo de muerte el cuerpo de los más pequeños de Colombia, de los más solos, de los más pobres.

Entrevistada: (...) y yo le dije: “Papi, yo quiero un algodón”, [y él respondió:] “Ay, ¿se está muriendo de hambre o qué hijueputas le pasa?” (...). Pero mi papá me dio un par de botellazos que en la vida se me va a olvidar. Y ahí fue que cuando a mí en la finca me dijeron que me iban a pagar un salario, eran las cosas que yo pensaba: comprarme mis dulces.

Venadillo, Tolima. 5 de junio de 2013. Género: Mujer. Edad de ingreso: 12 años. Rol: Militar. Actividad: Patrullera.

La guerra se llevó la infancia, se llevó los recuerdos de los algodones de azúcar en la plaza del pueblo y de los días de escuela. La madre que suplicó por sus hijos se desvaneció en la lejanía de las montañas y entre el sonido de las balas. El cuerpo se convirtió en un guerrero sin pertenencia que sobrevivía entre la lluvia, el sol y la tierra, que, despojado de su historia, caminaba por senderos sin

fin donde el agotamiento y el miedo adormecían a los caminantes de lodo y silencio abriendo senderos, donde solo podía oírse el sonido de la respiración del viento atravesando los árboles.

Entrevistada: (...) yo hacía en la casa por un plato de comida, lo podía hacer en una finca y me pagaban, porque ni zapatos tenía pa irme al colegio. No tenía una maleta, tenía una bolsa pa echar mi cuaderno, ¡ay, Dios!

Venadillo, Tolima. 5 de junio de 2013. Género: Mujer. Edad de ingreso: 12 años. Rol: Militar. Actividad: Patrullera.

Nosotras fuimos niñas colombianas que caminaban descalzas hacia la escuela, con el desamor en el cuerpo, sobre la senda de la bruma, ante la propia soledad y el desamparo. Entre el camino vacío de la casa y la escuela, atravesamos los campos de muerte, desconociendo la mirada oculta que nos elegía y nos convocaba para el camino del terror. Era de día, pero la luz ocultaba sombras más tenebrosas que las tinieblas de la noche. Ojalá hubiera sido la noche para que la negrura nos escondiera, para que el bosque en sus entrañas nos guardara de las miradas de guerra. Si el amanecer no hubiera revelado nuestros escondites a los hombres, la noche se habría convertido en la guardiana, en el lugar de los reflejos y de los ojos brillantes, y nosotras habríamos huido para siempre, lejos de los golpes y los castigos, del frío y del hambre. Estaríamos resguardadas en el corazón de la tierra y nuestros cuerpos serían de agua, de fuego, de aire y de tierra, tendrían los ojos del jaguar y la voz del viento, nuestras manos serían el recinto de nuestro fuego interior, nuestros pies nos llevarían por la senda de la liberación y nuestro vientre se convertiría nuevamente en el origen de toda la naturaleza, renovaríamos una y otra vez el mundo hasta borrar de él las huellas del exterminio y las manchas de sangre de todos los cuerpos perdidos entre el agua y la tierra, la voz y el silencio, la guerra y la vida.

Susana Patricia Arenas Giraldo

Fragmento n.º 21

Medellín, Antioquia,

11 de marzo de 2016

Género: Mujer

Edad de ingreso: 13 años

Rol: Militar

Actividad: Patrullera

Propuesta seleccionada

Título: Tendría que cambiar

mi forma de ver las cosas

Medellín, julio de 2022

Autora: Katherin Julieth Monsalve Requejo

En diálogo

Entrevistador(a): ¿Cuántos son ustedes en su casa? Papá, mamá.

Entrevistada: Pues, a mí me crio mi abuela.

Entr.: ¿Por qué?

Entrevistada: Porque, pues... ay, ¡yo ni entiendo por qué!

Entr.: O sea, ¿tú no creciste con tu papá y tu mamá?

Entrevistada: O sea, mi mamá vivía en la finca, mi abuela, mi abuelo.

Entr.: ¿Y tu papá?

Entrevistada: Pues, como que tenían conflictos, algo así, no sé.

Entr.: ¿Se separaron o qué?

Entrevistada: No sé cómo fue. Pues yo el apellido de él no lo tengo, pero sí sé que él era mi papá.

Entr.: ¿No tenías más hermanos, hermanas?

Entrevistada: No.

Entr.: ¿Nunca pasaste necesidades?

Entrevistada: No.

Entr.: ¿Por qué nunca pudieron acceder al estudio?

Entrevistada: La vereda [estaba] muy lejos, demasiado.

Entr.: O sea, ¿ninguno? ¿Tú no pudiste porque la vereda... era muy lejos el centro educativo?

Entrevistada: Era muy lejos y como era... por ser mujer, pues, les daba miedo mandarme.

*Fragmento de relato entregado al Mecanismo
No Judicial de Contribución a la Verdad.*

Tendría que cambiar mi forma de ver las cosas

Esto se trata de un ejercicio que parece cotidiano: escuchar, pero es un ejercicio cotidianamente difícil. En alguna oportunidad, la cineasta Lucrecia Martel habló de la necesidad de no escuchar, ese término “necesidad” como impulso potente, angustiante y demandante, porque, si bien en nuestras vidas cotidianas podemos no escuchar profundamente por descuido, falta de tiempo o porque lo que nos dicen nos lo han repetido mil veces, en el fondo prestar atención, disponer tu cuerpo y tus sentidos hacia otro distinto a ti es incómodo, angustiante y demandante. También podríamos darle una variación a lo que dijo Lucrecia: aparentar que escuchamos, la cortesía, cuando en realidad no entendimos ni sentimos lo que dijo el otro.

Ahora bien, qué pasa cuando lo que se escucha es doloroso, cuando esa vida que narra frente a ti va y viene por distintos lugares de su historia personal y la del país, y que eso en últimas es también tu historia, ¿queremos escuchar nuestra historia? No saber escuchar es no saber escucharnos.

Los testimonios que llegaron a nuestras manos pertenecen al Mecanismo No Judicial de Contribución a la Verdad (MNJCV), lo cual me da a entender que las mujeres que contaron su historia no buscaban una reducción de condenas, sino que se trató solo de la voluntad, la necesidad y el deber de contar esa verdad; esto nos lleva a un lugar originario: a ser reconocidos por el otro y, por tanto, escuchados por

el otro; necesitamos existir ante el otro, que nos confirme que estamos aquí en este tiempo y espacio, y en esa misma línea buscamos la compasión. Una vez leí en la contratapa de un libro –creo que era *El Desbarrancadero*, en el que Fernando Vallejo cuenta cómo caminé con su hermano mientras este moría de una enfermedad de transmisión sexual– que la compasión era acompañar la pasión del otro... ese es quizá el reto más grande que podemos darle a nuestra psique y a nuestra existencia; ha sido complejo para los seres humanos a lo largo de la historia.

Porque se trata de salir de nosotros mismos y eso exige la cualidad que nos toma toda la vida cultivar y ejercer: la humildad, ir a ese otro que desconocemos, pero al que hemos vuelto una generalidad sin matices: esa/ese estuvo en los parásitos; poner la voluntad y el interés en escuchar, decirle con todo lo que soy: aquí estoy. Y saber que esa verdad desconocida a la que te vas a enfrentar puede traspasarte, conmoverte y hasta transformarte; es lanzarse a la incertidumbre del encuentro humano y a descubrir cómo esa persona en particular es vulnerable, cómo es la villana y heroína de su propia historia.

¿Y luego? ¿Cómo tomar lo que se sintió, vivió y supo para crear país? ¿Qué tipo de país crean quienes escuchan y quienes se atreven a contar? Uno que desconocemos, porque está por construirse. Encarar un país desconocido nos compromete a utilizar todo lo que adquirimos

aprendiendo a escuchar: ir al otro en su otredad, saber las muchas verdades de un país lleno de matices, los encuentros, aceptar y vivir la incertidumbre, la vulnerabilidad y la humildad, pero, sobre todo, desprendernos del hábito de reducir al otro a cosa. Escuchar, ese acto simple y cotidiano, nos entrena para un nuevo país.

Entrevistada: (...). Uno necesita... vea, uno ha vivido la crueldad, la crueldad completa que ha tenido esta Colombia con este conflicto armado (...). Yo necesito que alguien me escuche y no me señale.

Patrullera, ingresó a los 12 años.

Más profundo y primario aún: necesitamos que el otro nos reconozca como humanos, hechos del mismo material, seres que viven, sienten y sufren.

Entrevistador(a): ¿Tú sientes que los ven es como un grupo y no como personas?

Entrevistada: Sí, nos ven como cifras: “Tengo 35 para dar un taller. Voy y les doy una charla a mis 35 firmas”. No. Está deshumanizado el proceso. No existe.

Patrullera, ingresó a los 12 años.

Voy a retomar algunas precisiones que hizo Lucrecia Martel en el Festival Internacional de Cine de Cartagena de Indias (Ficci), en 2022; aunque ella hablaba de narrar, a esto siempre lo antecede un proceso de escucha: del barrio, de los silencios de la persona, de sus lapsus, la familia, etc. Lucrecia preguntó: ¿voy a ir con mis ideas a contar el espacio-tiempo del otro? Aquí podemos adaptar las palabras: ¿vamos a ir con nuestras ideas a escuchar el espacio-tiempo del otro? Se requiere un nivel de abandono de sí mismo. Esa persona tarda en empezar a bañarse más de media hora: lo que yo hago en veinte segundos. El abismo es político, por supuesto, pero también filosófico. Para poder atravesar esa situación –y estoy

hablando de un acto sencillísimo como bañarse, no criar a los hijos, ni de las expectativas de vida- tendría que cambiar mi forma de ver las cosas, añade Lucrecia.

Y en esa última frase está la condición más importante para esa acción de escuchar, que ya podemos ver su complejidad. Si no tenemos la capacidad de cambiar nuestra forma de ver las cosas, cómo vamos a entender esto:

Entrevistador(a): ¿Por qué nunca pudieron acceder al estudio?

Entrevistada: La vereda [estaba] muy lejos, demasiado.

Entr.: O sea, ¿ninguno? ¿Tú no pudiste porque la vereda... era muy lejos el centro educativo?

Entrevistada: Era muy lejos y como era... por ser mujer, pues, les daba miedo mandarme.

Patrullera, ingresó a los 13 años.

O cómo vamos a entender que muchas mujeres llegaron engañadas, otras reclutadas, otras vieron la oportunidad de “una vida mejor”; viviendo en territorios en guerra, la mayoría de las niñas no supieron qué era y qué hacía un guerrillero o un paramilitar. En varios testimonios está la expresión “por la ignorancia mía”: la ignorancia usada por los padres como protección para sus hijas (el silencio impotente de los adultos también es miedo).

Para curar un país, si es que esto es posible, es indispensable entender, y en el nuestro debemos admitir que no nos sabemos sin la guerra, ¿ha existido alguna generación que no la viviera, la observara o la sintiera? No nos imaginamos cómo es vivir de otro modo, dijo Svetlana Alexiévich, y considero que es el acto creativo que nos convoca: imaginarnos otro modo de vivir con las personas que han hecho y vivido nuestra guerra.

Katherin Julieth Monsalve Requejo

Fragmento n.º 73

Santa Marta, Magdalena,

3 de octubre de 2014

Género: Mujer

Edad de ingreso: 17 años

Rol: Militar, logística

Propuesta seleccionada

Título: Sin título

Popayán, julio de 2022

Autora: Silvia Monroy Álvarez

En diálogo

Entrevistador(a): Otra de las cosas bastante notorias del grupo fueron algunos casos de violencia sexual, algunos patrulleros que, bueno, luego fueron castigados –o sea, les dieron de baja por eso–, pero que alcanzaron a acceder forzosamente a algunas mujeres del lugar. ¿Usted escuchó acerca de esto?

Entrevistada: No, no. Yo nunca alcancé a escuchar, lo que pasa es que... bueno, no sé, durante mi proceso allá nunca tuve quejas ni ningún irrespeto de ellos hacia uno... No sé si fue porque me di el respeto a todos ellos, pero algunas mujeres, pues no... Yo pienso que...

*Fragmento de relato entregado al Mecanismo
No Judicial de Contribución a la Verdad.*

Fragmentos y reintegraciones

He transcrito fragmentos de mujeres que han estado en la guerra, he elaborado relatos parecidos a partir de fragmentos sentidos –que a veces salen como desahogos y a veces como testimonios distanciados y direccionados–; relatos semejantes me han atravesado y me han transformado. Respondo a una subjetividad que recibe, procesa (a veces analíticamente) y transmite fragmentos así. Mi subjetividad se basa, entonces, en el papel de una mujer investigadora que comparte, incluso generacionalmente, con otras que padecieron los rigores de la violencia enquistada en un estado de guerra constante, un espacio no siempre consciente de la nación, de las marcas de la nacionalidad y de los sistemas ideológicos hegemónicos, patriarcales, clasistas y racistas que también la constituyen.

Asumirme como un ser bisagra, en un sentido comunicativo y antropológico, entre la escucha, la recopilación y la esperanza de difusión hacia un público que se esperaría más “amplio” –en razón de la pretensión de abarcar un sentido de lo colectivo que se nos ha escapado como sociedad– ha afianzado en mí un anhelo de cambio, quizá en tiempos demasiado discretos para poder romper ciclos de siglos. Y, en otras ocasiones, me he enfocado en células de interacción poderosamente particulares como conversaciones, visitas y abrazos; poderosas porque nos permiten, a quienes participamos, tramitar emociones, sensaciones y experiencias, pese a que ese no sea el lugar

para la transformación de las causas o condiciones estructurales que perpetúan la desigualdad y las violencias que se le relacionan. Aquí es donde vienen a mí las palabras de la mujer del fragmento 20: “Yo necesito a alguien que me escuche y no me señale”.

Mucho se ha discutido y reflexionado sobre si esos son escenarios de revictimización, si son espacios terapéuticos o si se trata de una catarsis propia de un silencio o de un amordazamiento de subalteridades y feminidades atravesadas por ciclos crónicos de violencia, como cuando la mujer del fragmento 38 afirma desde el horizonte de la supervivencia: “Entre menos sepa, más vive”. No tengo una respuesta, o la respuesta siempre me conduce a nuevas preguntas. Reconozco, sin embargo, que en esos escenarios se tienden a verbalizar maneras de orientarse en el mundo legadas por la violencia, quizás porque hay una distancia respecto a los contextos situacionales en los que se vivió o se hizo la guerra.

Lo que me ha enseñado mi papel de bisagra es que hay muchos silencios y muchas escuchas. Y que hay un punto clave en el que la escucha es también presencia (activa) y en ese momento hay una comunicación potencialmente transformadora para, en un primer momento crucial, evidenciar y entender esos principios que ha legado el vivir en guerra y que, a su vez, terminan revelando qué la causa y la sostiene. He actuado en esos escenarios que suelen ser opacados por un sentido común –tan pragmático como arraigado– de que las salidas a los impases de las violencias del conflicto armado son más bien gestas individuales. Expresiones como “salir adelante” plasman elementos de esas concepciones que pueden confinar la explicación de lo que ha sucedido a la precariedad y el abandono, pero también al aguante y la resiliencia, al punto de transmutarse en valores exaltados de modos paradójicos en diferentes lugares de nuestra conciencia de país.

Yo no puedo ser encuadrada como víctima ni como victimaria. No me cobijan esas categorías que ahora, me parece, responden también a experimentos de contención, de ordenamiento estatal median-

te actos clasificatorios en momentos de hecatombe humanitaria y humanista. El asunto es que con el tiempo van diseñando rumbos complejos y sorprendentes. A lo largo de estos años convertí en problema dichas categorías, pero reconozco que la dicotomía víctima/victimario se apodera de las escenas inolvidables de dolor profundo, del acto violento que se vuelve un presente permanente, cuando la condena es la memoria de un instante: el de la tortura, el de la huida, el del despojo de sí, el de la quema de la dignidad e incluso el giro que conduce a empuñar un arma y matar. En otro nivel, caer en cierto victimismo consuetudinario hace que la ciudadanía, hacerse ciudadano, se supedita al peso de la violencia (padecida y ejercida) y de los actos y de los ciclos en que se bifurca. Se hace necesario, entonces, repensar estos trayectos de tendencias atávicas, y ese es un trabajo que nos compromete en un pacto social que nos ha costado suscribir.

En los cien fragmentos que ha recopilado la Dirección de Acuerdos de la Verdad del Centro Nacional de Memoria Histórica, noto cómo emerge con fuerza una especie de *ethos* de la supervivencia en las palabras de mujeres que estuvieron en las filas de las Autodefensas Unidas de Colombia. Es potente porque hay una pulsión de vida en ello; sin embargo, tal potencia no puede conducirnos a la repetición mecánica de historias que, decimos, son una de los miles que hay; los fragmentos no pueden ser solo cuentos que hemos oído o leído muchas veces con respecto a quienes hicieron parte de grupos armados –lo digo incluso desde mi papel de investigadora–, sino que deben ser activaciones de un cuerpo colectivo. Dicho de otro modo, la escucha en presencia (activa) de dichos relatos tendría que ser movilizadora en un sentido más *colectivizante*.

No puedo decir que he vivido en mi propio cuerpo las violencias que me han narrado y leo en las palabras de estas mujeres, pero considero que el acumulado de historias, algunas rotas más que fragmentadas, puede conducir a otro estado de cosas. A lo largo de estos años de escucha/presencia o de los intentos por no dejar de hacerlo, he vivido una especie de fragmentación interna y me han restado incipientes certezas como la de entender desde las enseñanzas de la propia guerra.

Aprender, por ejemplo, del recuerdo de quien estuvo en un combate, pero llevarlo a otras instancias de la vida: el combate es un escenario límite en que se es un solo cuerpo; por eso el dolor de un/a compañero/a muerto/a en combate es expresado como algo tan profundo y cercano que se hace interior. Me refiero también a la constatación de que en ciertos momentos de la guerra suelen “importar más las armas que las personas”, como lo afirma la mujer del relato 81. O que cuando hay trabajos desvalorizados socialmente, muchos de ellos domésticos, realizados por mujeres o personas feminizadas con violencia por sus identidades de género no hegemónicas, el salario proveniente de una organización armada se convierte en un estímulo para reconocimientos que nos ha faltado poner en cuestión, ya que para sus protagonistas no se trata simplemente de una manera de ganarse la vida del lado del mejor postor. El sentir que una organización armada es una familia porque se tienen “compañeros” y se huye del hambre, pero también de la crianza descarnada, del castigo de una madre en el que un cuerpo infantil cuelga de una viga faltando solo la horca –como se advierte en el relato 25– también es necesario revisarlo con sumo cuidado y en conjunto. Lo mismo ocurre con las nociones de respeto de las mujeres de los relatos 70 y 73, que parecen esconder violencias considerados maltratos menores frente a cadenas de violencia propias de un patriarcado de marras; se funden en los sentidos aún inexplorados de la noción de enamoramiento, que aparece en los fragmentos 18, 35 y 36 como una etiqueta para maneras muy complejas de relacionarse afectiva e íntimamente en cotidianidades militarizadas. Todo esto merece –y es preciso hacerlo– una revisión desde ópticas críticas y usando los varios acervos de las luchas feministas, por ejemplo. Esa revisión puede hacerse mediante nuestra propia fragmentación. De hecho, la fragmentación interna a la que me he referido a lo largo de este ensayo puede conducir a renovar estas preguntas, a sentirse roto en la presencia de otras mujeres, de otras personas que la guerra ha deshecho y rehecho para poder llegar a una reintegración más colectiva que quizá nos conduzca a modificar nuestra manera de orientarnos en el mundo.

Silvia Monroy Álvarez

Fragmento n.º 66

Medellín, Antioquia,

24 de mayo de 2016

Género: Mujer

Edad de ingreso: 27 años

Rol: Logística

Actividad: Cocinera, oficios varios, enfermera

Propuesta seleccionada

Título: Volar en la lengua: memorias
del conflicto desde un enfoque de género

Bucaramanga, julio de 2022

Autora: Érika Zulay Moreno Bueno

En diálogo

Entrevistador(a): A veces hablan mucho del machismo en estos grupos, como querer que una mujer esté encerrada, que se vista de cierta manera.

Entrevistada: Lo que pasa es que ellos cuando tienen ese mando o cuando se ven que ellos tienen un arma o porque andan en moto, ellos se creen, pues, como los reyes, como los papis. Entonces, no les gusta que la mujer salga para que no se dé cuenta de nada o para que no le cuenten nada a la mujer, pero de igual manera, pues...

Entr.: Pero como verlas también como un objeto, ¿no?

Entrevistada: Por eso.

Entr.: Para arreglar la ropa.

Entrevistada: Pa arreglar la ropa, que le tenga la comida ahí preparada.

*Fragmento de relato entregado al Mecanismo
No Judicial de Contribución a la Verdad.*

Volar en la lengua: memorias del conflicto desde un enfoque de género

Se nos ha vuelto costumbre creer que la guerra no tiene rostro de mujer. Que las mujeres no hicimos parte de la guerra, en cierta medida, porque se nos asigna el rol de dadoras de vida, de madres, esposas, cuidadoras. Sin embargo, en el marco de las guerras, es muy difícil negar la participación de esa otra mitad de la población; el silencio que se extiende sobre esta participación revictimiza a las mujeres porque sufren por partida doble, son discriminadas dentro y fuera del contexto bélico en su condición de mujeres.

En el compilado de fragmentos que componen el texto *Leer para escribir: memorias de mujeres en la guerra*, ellas escriben, se dejan preguntar, responden, hablan en primera persona y cuentan las vivencias y motivaciones de su participación en el conflicto:

Y ahí la prosa literaria en forma de testimonio autobiográfico es el género adecuado para intentar dar cuerpo a las memorias que, al ser hechas presentes por la escritura, asumen la heterodiscursividad, o sea, la condición de, al mismo tiempo, ser porta-

doras de la diversidad de discursos sociales y de la disonancia individual ahí instalada (Brait, en Arán et al., 2016, p. 188).

Para Hélène Cixous (en Araújo y Delgado, 2010), lo femenino en la escritura pasa por las alteraciones de la voz –suspense, silencios–, por la linealidad del discurso. La mujer escribe con su cuerpo y, al hacerlo, transgrede en un acto de autoliberación. Las mujeres que se expresan en estos fragmentos son uno de los tantos personajes anónimos de la historia social de este país, pero como escritoras narradoras transgreden el rol que les quiere asignar la sociedad. Coincidimos con Baith Brait cuando dice:

La prosa literaria puede ser considerada un tipo de manifestación estético-cultural que cumple, entre varios papeles, el de posibilitar la corporificación de la memoria de un sujeto que, para constituirse como tal, se hace autor y/o héroe, sumergido en tiempos y espacios que diseñan una época, una cultura, una sociedad, o, especialmente, un conjunto de acontecimientos difíciles de ser (re)tratados. Para urdir estos elementos en las tramas del discurso, un inevitable diálogo, a veces polémico y doloroso, se va tejiendo entre pasado/presente, social/individual, memoria/escritura (en Arán et al., 2016, p. 174).

La corporificación de la memoria la encontramos en sus relatos; en el subcapítulo “El deber ser”, las mujeres dejan ver ese inevitable diálogo polémico y doloroso. Muchas veces, su participación en el conflicto se motivó por la discriminación que recibieron sus cuerpos al ser identificados como mujeres. Los relatos de las mujeres ahondan en la desigualdad económica y de género que viven ellas tanto en el campo como en la ciudad. No obstante, las condiciones de las mujeres rurales ahondan en esa desigualdad y varias generaciones de estas solo encontraron opciones de educación, salud y seguridad en los grupos armados del conflicto. No querían continuar el ciclo de mujeres que solo iban a ser madres o que harían el trabajo no remunerado del cuidado de sus familiares:

Entrevistada: (...). O sea, obvio no quería ver la guerra, no quería vivir la guerra, pero sí quería ver otras cosas. Yo quería era estar en el pueblo, yo quería era estudiar, pero yo no quería levantarme a las cuatro, tres de la mañana, pelar una cantidad de plátano para a las ocho arreglar a mis hermanos y arreglarme yo e irme... e irme al colegio.

O sea, yo no quería esa responsabilidad, porque yo no nunca tuve una muñeca, yo nunca... o sea, se me rompían los zapatos y yo tenía que ir con botas de trabajar al colegio porque nunca tenía para un par de zapatos. Tenía que llorar, llorar y llorar, o si no era donde mi abuelo para que me auxiliara con las cosas. Pidieron el uniforme de sudadera y lo vine a tener a final de año. Fueron muchas cosas que yo... Y pa mi hermano sí había cosas, entonces, o sea, era como un rechazo y como un dolor y como una venganza.

“El deber ser”.

Lamentablemente, el panorama anterior no cambiaba en algunos de los grupos en los que participaron; muchas veces, sus roles tenían que ver con labores domésticas como la elaboración de alimentos y debían cumplir ese “deber ser” en los roles de género como el respeto unilateral a su compañero permanente:

Entrevistada: Un día me emborraché y me puse a bailar con otro ahí, entonces me castigaron, me metieron a un calabozo. Dos días. Me echaban agua (...).

Entrevistador(a): ¿Y castigaron también al muchacho con el que usted bailó?

Entrevistada: No, a él no. Solamente a mí.

“El deber ser”.

Ahora que comparten sus relatos, pueden hablar con libertad. Un texto femenino no puede no ser más que subversivo, tal como lo afirma Cixous. Esto sucede porque si ella escribe, si ella relata, permite

que llegue el momento de su liberación, le permite llevar a cabo las rupturas y las transformaciones indispensables en su historia. Al escribirse, relatarse, la mujer siempre regresa a ese cuerpo que, como mínimo, le retuvieron; ese cuerpo que censuraron y convirtieron en ese lugar-objeto que tenía como fin la satisfacción de otros en sus deseos y necesidades.

Entrevistador(a): A veces hablan mucho del machismo en estos grupos, como querer que una mujer esté encerrada, que se vista de cierta manera.

Entrevistada: Lo que pasa es que ellos cuando tienen ese mando o cuando se ven que ellos tienen un arma o porque andan en moto, ellos se creen, pues, como los reyes, como los papis.

Entr.: Pero como verlas también como un objeto, ¿no?

Entrevistada: Por eso.

Entr.: Para arreglar la ropa.

Entrevistada: Pa arreglar la ropa, que le tenga la comida ahí preparada.

“El deber ser”.

La escritura tiene recursos indomables, tanto en su sentido de la expresión escrita como en aquella que se relata, que se canta; es, como dice Cixous, volar en la lengua: “Volar es el gesto propio de la mujer, volar en la lengua, hacerla volar. Hemos aprendido las mil maneras de poner en práctica el arte de volar y sus variadas técnicas, hace siglos que solo tenemos acceso a él mediante el vuelo” (en Araújo y Delgado, 2010, p. 351). La escritura femenina trastorna el entramado de poder y de acceso a la palabra que se disputan los hombres de y en la historia. Hemos leído, de los fragmentos, los relatos de mujeres campesinas, víctimas, guerreras, con voces que se resisten al olvido, que aman y que odian. Sin artificios, cuentan episodios cotidianos atravesados por la violencia. Sus escrituras denuncian, a nivel social, la muerte sin sentido que ha caracterizado la historia nacional, y a nivel

privado, la violencia que ejercen sobre las mujeres los espacios cerrados como la familia y los grupos armados que integraban.

El acceso de la mujer al lenguaje es un hecho que se viene estudiando desde diferentes disciplinas; el problema no radica en que el lenguaje sea insuficiente para expresar la conciencia de la mujer, sino en que a la mujer se le han negado los recursos totales del lenguaje y ha sido forzada al silencio, al eufemismo o a la circunlocución:

Entrevistador(a): ¿Qué te ponías [cuando te venía el periodo]?

Entrevistada: Rompía las sudaderas. Me cogía las cosas de los compañeros, las rompía. Nos tocaba porque... O sea, no le daban a uno ni la oportunidad ni de hablar y decir: "Ah, es que yo...". Nada. Decían que era pereza, que era que uno se quería hacer el enfermo.

"Identidad".

Las maneras en que las mujeres conceptualizan sus cuerpos y sus funciones sexuales y reproductivas están estrechamente relacionadas con sus ambientes culturales (Showalter, en Araújo y Delgado, 2010). El lenguaje vuelve a formar parte del cuadro si tomamos en consideración las dimensiones sociales y los factores que determinan el uso del lenguaje y los ideales culturales que dan forma a los comportamientos lingüísticos. Por ello, lo valioso de los fragmentos que nos convocan a leer para escribir radica en que su manera de narrar es antiacadémicista: las mujeres no tienen pretensiones de historiadoras. Sus voces son genuinas, son propias, y por ello no se erigen como un discurso oficial, sino como las voces de la periferia que hacen eco y destruyen el discurso que se ha querido imponer. Las mujeres que participaron en el conflicto escriben, narran y lo hacen para liberarse de la sociedad que ve en ellas el eterno papel de culpables. Culpables por tener un cuerpo que incita al pecado, culpables por parir, culpables de las violaciones, culpables ante dios, ante los hombres, ante otras mujeres. Por fin, con su escritura protagonistas de su inagotable imaginario femenino.

Referencias

Arán, P. et al. (2016). *La herencia de Bajtín: reflexiones y migraciones*. Centro de Estudios Avanzados.

Araújo, N. y Delgado, T. (2010). *Textos de teoría y crítica literarias (Del formalismo a los estudios postcoloniales)*. Universidad Autónoma Metropolitana.

Centro Nacional de Memoria Histórica (s. f.). *Leer para escribir: memorias de mujeres en la guerra*. Ministerio de Prosperidad Social.

Érika Zulay Moreno Bueno

Fragmento n.º 62

Apartadó, Antioquia,

3 de diciembre de 2014

Género: Mujer

Edad de ingreso: 14 años

Rol: Militar

Actividad: Campanera

Propuesta seleccionada

Título: Exclusión, selección

y responsabilidad

Medellín, julio de 2022

Autora: Janeth del Carmen Restrepo Marín

En diálogo

Entrevistada: (...) usted siempre ve maltrato de esta casa, de la otra casa, de esta, mande el otro niño. Y llega otra gente como [de] otro ambiente, o sea, es muy fácil usted... Y si en su sangre usted también lleva ese ambiente, pero y le hacen falta muchas cosas y lo que recibe acá es otra cosa de lo que usted quiere ver. O sea, obvio no quería ver la guerra, no quería vivir la guerra, pero sí quería ver otras cosas. Yo quería era estar en el pueblo, yo quería era estudiar, pero yo no quería levantarme a las cuatro, tres de la mañana, pelar una cantidad de plátano para a las ocho arreglar a mis hermanos y arreglarme yo e irme... e irme al colegio.

O sea, yo no quería esa responsabilidad, porque yo no nunca tuve una muñeca, yo nunca... o sea, se me rompían los zapatos y yo tenía que ir con botas de trabajar al colegio porque nunca tenía para un par de zapatos. Tenía que llorar, llorar y llorar, o si no era donde mi abuelo para que me auxiliara con las cosas. Pidieron el uniforme de sudadera y lo vine a tener a final de año. Fueron muchas cosas que yo... Y pa mi hermano sí había cosas, entonces, o sea, era como un rechazo y como un dolor y como una venganza.

*Fragmento de relato entregado al Mecanismo
No Judicial de Contribución a la Verdad.*

Exclusión, selección y responsabilidad

La exclusión

El 4 de diciembre de 2016 sigue en mi memoria. Con tan solo siete años, la niña indígena Yuliana Samboní fue violada y cruelmente asesinada. En un país marcado por la violencia, en el que cada día trae sus propias muertes, el asesinato de Yuliana marcó un cambio: una niña pobre, indígena, campesina y oriunda de un territorio con amplia presencia de violencia armada logró cierta humanización en el cubrimiento de su asesinato por medios de comunicación habituados al “conteo” de muertes de diverso tipo. Así mismo, la movilización de la sociedad envió un grito de indignación que logró presionar la rápida aplicación de la justicia en la identificación del responsable y su condena: 58 años de prisión. Esta vez, ni el abolengo del apellido ni las estrategias para ocultar lo inocultable lograron impedir el juzgamiento del victimario.

Una y otra vez vuelvo a observar su fotografía. Ella, Yuliana, está adornada por una corona resplandeciente que armoniza con una mirada y media sonrisa que inspiran sueños infantiles y posibilidades de vida que un hombre adulto y privilegiado decidió sofocar.

¿Por qué escribir de Yuliana Samboní en estas páginas sobre mujeres que hicieron parte de un grupo armado ilegal como el paramilitarismo? Traigo la memoria de Yuliana porque en un país que tantas veces ofrece la sensación de

haber perdido la capacidad de conmoverse ante el cúmulo de tragedias causadas por la guerra u otros tipos de violencias, esa muerte, al menos durante un tiempo, puso en circulación pública un grito de dolor y advertencia de que este país quiere romper con las dinámicas de violencia empecinadas en destruir la niñez.

Yuliana, una niña que pertenecía a los grupos poblacionales excluidos del desarrollo nacional, es la memoria que lucha por no olvidar, por recordarnos como sociedad que un buen número de los diez derechos fundamentales que tiene la niñez, en su conjunto, sencillamente son inexistentes. Mucho más cuando se nace en la ruralidad, en medio de la exclusión y de un contexto de violencias en distintos niveles.

En el artículo 44 de la Constitución de Colombia se puede leer que los niños, por el solo hecho de ser niños, tienen derechos fundamentales, entre los que se encuentran “la vida, la integridad física (...), tener una familia y no ser separados de ella, el cuidado y amor, la educación”. Dice que los niños “[s]erán protegidos contra toda forma de abandono, violencia física o moral, secuestro, venta, abuso sexual, explotación laboral o económica” y que todos (la familia, la sociedad y el Estado) tenemos la obligación de protegerlos, pues “los derechos de los niños prevalecen sobre los derechos de los demás”. Por edad, en Colombia la Ley 1098 de 2006 determina que “sin perjuicio de lo establecido en el artículo 34 del Código Civil, se entiende por niño o niña, las personas entre los 0 y los 12 años de edad, y por adolescente las personas entre los 13 y los 18 años de edad, los cuales son sujetos titulares de derecho”.

Como lo comprueba la muerte de Yuliana Samboní, en Colombia los niños y adolescentes han sido parte central del mapa de la más cruenta violencia. Para ampliar este ejemplo, de una muestra de 100 fragmentos de entrevistas realizadas por la Dirección de Acuerdos de la Verdad a mujeres que hicieron parte de la guerra en las filas paramilitares, 56 de ellas eran niñas o adolescentes al momento de ser reclutadas (tabla 1) y su niñez quedó diluida en la crueldad de la guerra y la violencia.

Tabla 1. Muestra de niñas menores de edad reclutadas por grupos paramilitares

Edades	11	12	13	14	15	16	17	18
Número de niñas y adolescentes por edad	5	10	5	4	9	7	16	1

Fuente: Dirección de Acuerdos de la Verdad, en el marco de la convocatoria Leer para Escribir (2022)

Pese a ser una pequeña muestra de la radiografía del reclutamiento forzado de menores, estas edades me llevan a pensar en lo que significa crecer en contextos de violencias y exclusión. En los 56 fragmentos tomados como muestra, desde los once años las niñas eran ya seleccionadas como material de guerra. En otros tipos de violencias, como la de Yuliana, la edad es aún menor.

La selección

En algunos de los fragmentos leídos para este texto, las desmovilizadas que fueron reclutadas cuando tenían entre once y catorce años describieron ciertas motivaciones de querer irse para el grupo armado como una forma de escapar a un contexto de relaciones familiares conflictivas, maltrato de los padres o sensación de abandono. En otros casos, el motivo era escapar a condiciones de extrema pobreza y a esquemas culturales que actuaban como barrera para su acceso a la educación y que reforzaban el trabajo duro en el campo o en el hogar desde la niñez, lo que también está relacionado con el panorama de pobreza que afronta la ruralidad colombiana.

Pensar que se podría tener dinero, en tanto se les estaba ofreciendo un trabajo con sueldo, alentaba los deseos de algunas de ellas para comprar aquello a lo que no podían acceder por la pobreza o porque el padre lo prohibía. En su relato, una mujer que fue reclutada cuando tenía doce años recuerda la situación previa de violencia que experimentó con su padre antes de que “aceptara” irse para el grupo armado:

Entrevistada: Pues cuando llego yo con ese dulce, encantada, untada hasta donde no podía, mi papá me cogió a botella. Me pegó con una botella de cerveza, porque me le había retirado del lado para irme a comer un dulce que él no me quiso dar. Y el señor que me dio las monedas le dijo: “Déjela, ¿se la va a tragar o qué? Si usted no le compra, ¿quién más?”. Bueno, y se agarraron los dos. Pero mi papá me dio un par de botellazos que en la vida se me va a olvidar. Y ahí fue que cuando a mí en la finca me dijeron que me iban a pagar un salario, eran las cosas que yo pensaba: comprarme mis dulces.

Aunque buscar huir de determinadas situaciones que se presentaban en su hogar actuó en algunas de las menores como motivación para “querer” unirse a un grupo armado, es una “decisión” que en absoluto puede tomarse como factor de legitimación de este delito, ya que difícilmente estas menores tenían el suficiente discernimiento, máxime en contextos de coerción armada y de exclusión social y económica. El patrón que se repite en estos casos de pobreza o conflictos en el entorno familiar fue aprovechado por los reclutadores paramilitares que, pese a tener el dominio de las armas, en ciertos casos recreaban una especie de simulacro de oferta laboral en el que las niñas “aceptaban” marcharse de sus hogares.

¿Irse para dónde? Quizás cada una, según la situación de la que buscaba escapar, había imaginado un sinnúmero de posibilidades con finales felices que de seguro estaban muy lejos de la realidad que les esperaba en bases de entrenamiento militar donde las niñas tenían que ser transformadas en guerreras. Después de esa iniciación en la crueldad de la guerra, ya no había vuelta atrás. Ahora eran propiedad de una cadena de mandos, por lo general conformada por hombres, en la que se había invertido tiempo y recursos que no podían desperdiciarse. En ese proceso de transformación, los entrenamientos degradantes eran reforzados con amenazas de ser asesinadas o hacerles daño a sus familias. Pasados dos meses, el ritual inicial de transformación finalizaba y el puesto de importancia se lo llevaba el fusil, pues se podía perder lo que fuera, “todo menos [el] fusil”.

La responsabilidad presente

“No hay causa que merezca más alta prioridad que la protección y el desarrollo del niño, de quien dependen la supervivencia, la estabilidad y el progreso de todas las naciones y, de hecho, de la civilización humana”.

Plan de acción de la Cumbre Mundial en Favor de la Infancia

Al pensar en la responsabilidad del reclutamiento infantil, lo más fácil en términos de análisis es responsabilizar única y exclusivamente a los grupos armados ilegales, pero si se busca generar las bases para la no repetición, guardando las debidas distancias, conviene reflexionar respecto a la responsabilidad estatal y social en la protección de los niños y adolescentes. Más complejo resulta medir la responsabilidad de estas niñas reclutadas y transformadas en combatientes con diversidad de roles.

¿Cometieron crímenes en su accionar en las filas paramilitares? Este es un interrogante que pierde aquí relevancia por dos motivos. El primero es que en el modelo de justicia transicional creado para la desmovilización del paramilitarismo, la Dirección de Acuerdos de la Verdad –adscrita al Centro Nacional de Memoria Histórica– es un ente no judicial de contribución a la verdad de personas desmovilizadas que no hubieran cometido crímenes graves (violaciones a los derechos humanos o al derecho internacional humanitario). En segundo lugar, desde un inicio este escrito ha buscado recalcar la importancia de que, como país, pensemos en las vidas de niñas y adolescentes que han sido destruidas por la guerra y otro tipo de violencias.

El aporte realizado por las mujeres desmovilizadas con relación a su experiencia de reclutamiento cuando eran niñas o adolescentes debe servir en el proceso de construcción de paz para pensar en acciones enfocadas en su desestructuración, de forma tal que los

menores puedan permanecer en sus territorios viviendo su niñez y adolescencia en condiciones dignas y seguras, condiciones que propendan por la transformación de esquemas culturales que legitiman el machismo, el racismo y la discriminación social.

Este abordaje se hace necesario en la reforma integral de la ruralidad, de modo que se puedan generar las condiciones de desarrollo necesarias para hacer frente a las brechas de inequidad económica, social, cultural, tecnológica y de participación política de poblaciones campesinas históricamente sumidas en la conflictividad armada, y para superar la desigualdad de oportunidades de las niñas que habitan estos territorios de exclusión que se extiende a las periferias urbanas. La construcción de paz difícilmente podrá lograrse si en determinados grupos poblacionales los menores continúan siendo seleccionados por aquellos que consideran que su poder militar o una condición de privilegio económico les confiere la “autorización” de decidir sobre su derecho a vivir.

El reclutamiento forzado, en este caso de niñas, es una de las tantas caras de la violencia que las persigue, pues por fuera de la guerra también enfrentan otros escenarios de riesgo en los que, como ocurrió con Yuliana Samboní, son violentadas y asesinadas. Lo cierto es que, más allá de las diferencias de contexto, el resultado sigue siendo el mismo: una niñez en aniquilación. Y precisamente es esa Colombia, en la que sus niños y adolescentes son aniquilados por dinámicas selectivas de violencias, la que debe ser transformada. Solo así los casos de Yuliana y de las 56 menores que han estado presentes en este escrito dejarán de repetirse. Es, entonces, una responsabilidad ética y política que como Estado y sociedad seamos capaces de crear las condiciones necesarias y posibles para construirles una Colombia que las proteja para que puedan crecer en paz y bienestar.

Janeth del Carmen Restrepo Marín

Memorias para evocar

Fragmento n.º 18

Cúcuta, Norte de Santander,

9 de junio de 2017

Género: Mujer

Edad de ingreso: 17 años

Rol: Logística

Actividad: Radiochispa

Propuesta seleccionada

Bordado

Bogotá, julio de 2022

Autora: María del Pilar Rodríguez

En diálogo

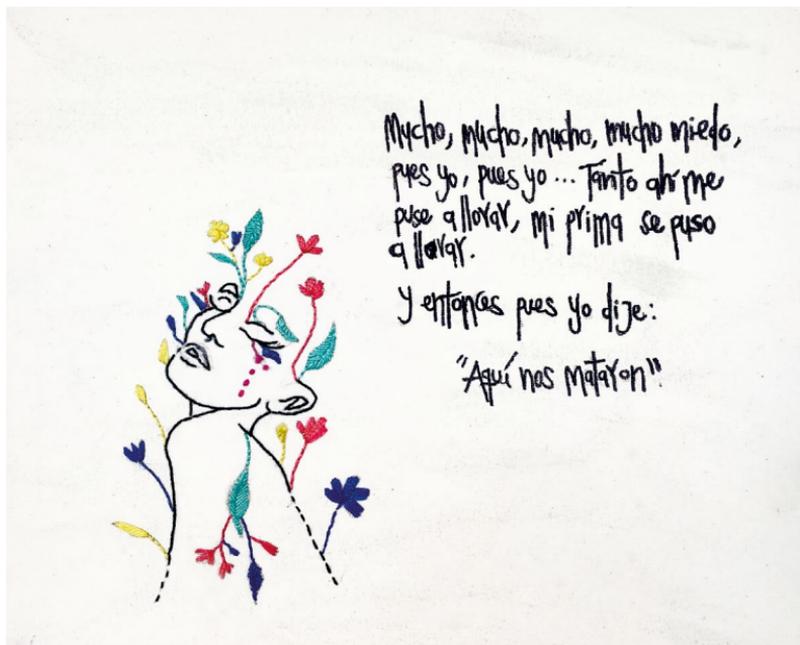
Entrevistador(a): Listo. Cuéntame, nárrame un poco... cuéntame un poco la historia de cómo conociste a este señor.

Entrevistada: Bueno, él llegó al barrio. Cuando él llegó, pues, a uno le daba un poco de temor porque, pues, uno no estaba enseñado, digamos, a ver así gente...

Aunque ellos no estaban camuflados ni nada, pero... y después él... o sea, él era muy... muy humanitario. Él... ayudaba mucho a la gente, y... por ejemplo, la gente que tenía ahí, pues, yo como que fui conociéndolo, fui conociéndolo, conociéndolo. Nos enamoramos. Cosas de la vida, del destino.

*Fragmento de relato entregado al Mecanismo
No Judicial de Contribución a la Verdad.*

Bordado



María del Pilar Rodríguez

Fragmento n.º 99

Medellín, Antioquia,

24 de mayo de 2016

Género: Mujer

Edad de ingreso: 27 años

Rol: Logística

Actividad: Cocinera, oficios varios, enfermera

Propuesta seleccionada

Título: Niña mujer de la selva

Videoperformance

Suiza, julio de 2022

Autora: Nato Arias

En diálogo

Entrevistador(a): ¿Pero tú entraste como a trabajarle a él?

Entrevistada: Sí, como a trabajarle a él. Mis primeros meses fue como trabajándole a él. Y ya, pues, como que me gané la confianza de él y ya... ya no permitía que nadie más se le entrara a la habitación, sino que era... yo era la que le hacía [a] él todo lo que tenía que ver con él. Con lo de la casa también, pero no, lo que tenía que ver con él, más que todo como pa tenerle todo a él bien organizado.

Entr.: ¿Como qué, por ejemplo?

Entrevistada: La habitación (...). Tenerle todo, pues, bien limpiecito porque era súper exigente. Y la señora de la cocina ya... la muchacha de la cocina ya me hice muy amiga con ella, entonces ella me dijo que si de pronto a mí no me gustaría estudiar.

Entr.: ¿Cuánto tiempo lograste estudiar?

Entrevistada: Seis meses.

Entr.: ¿Y cómo? ¿Te tenías que desplazar a diario? ¿Te fuiste a vivir a...?

Entrevistada: No, yo no me fui. Yo cada ocho días estudiaba. Yo me iba los sábados y venía los domingos en la tarde.

Entr.: ¿Y esto quién lo dictó, este curso?

Entrevistada: Eso era como... ay, con... ¿Jenny?

Entr.: ¿Pero lo vieron en un hospital del municipio?

Entrevistada: No, no, no, eso era particular. Ella tenía un consultorio y ella dictaba ahí clases como los fines de semana.

Entr.: ¿Qué materias viste?

Entrevistada: Ahí vi lo que fue como estilo... o sea, los primeros auxilios, uno ve un poquito de... ay, ay, ay, se me fue la paloma, pero primeros auxilios, inyectología, lo que tenga que ver con laboratorio, hacer exámenes vaginales... vaginal, tomar muestra. Ya con el doctor aprendí a centrifugar, tomar las muestras ahí.

Entr.: [Interrumpe] ¿Y cuánto te costó?

Entrevistada: Yo pagaba... semanal pagábamos 20.000 [pesos], semanal; o sea, cada clase. (...). O sea, yo iba el sábado y el domingo (...). O sea, 40.000 [pesos] (...). ¿Y qué...? Y de ahí... De ahí cuando ya ellos vieron de que... que ya a mí... ¡ah! Yo hice las prácticas en el hospital y yo me quedé trabajando. Ya yo no fui... ya no seguí estudiando (...). Y ya yo me quedé trabajando ahí y ya más que todo trabajaba como con ellos. O sea, “como” no, trabajaba con ellos, porque si ahí llegaba una persona herida, yo tenía que informarle que él llegó herido, de dónde llegó, de qué era la herida.

Y un ejemplo: cuando quedaron sin enfermera arriba, que la trasladaron (...), entonces a mí a veces me tocaba subir cuando había algún enfermo, trasladarlo hasta el hospital. Y como yo tenía ya forma de ingresar al hospital, entonces hacía que de pronto me los atendieran rápido, pa despacharlos. ¿Sí me entiende? Si de pronto... si había de

pronto policías, como ya yo era la enfermera, ya allá yo les avisaba: “No entren”, “Entre solo”, “Entre sin armamento”. Bueno.

Entr.: ¿Cómo era un día tuyo, o sea que te tocaba hacer, a qué hora te levantabas?

Entrevistada: No, normal. Yo entraba a trabajar a las siete, salía a almorzar a las doce, volvía a la una y salía a las cinco, ya después que entregara resultados del laboratorio. A mí... en el consultorio yo trabajaba normal, común y corriente. Lavaba mi instrumento, todo.

*Fragmento de relato entregado al Mecanismo
No Judicial de Contribución a la Verdad.*

Niña mujer de la selva: *videoperformance*



Nato Arias

La violencia contra las niñas y las mujeres se exacerbó en el contexto del conflicto armado debido a la actuación de los grupos armados, que profundizaron modelos patriarcales y victimizaciones basadas en el género, tanto en sus procesos intrafilas como en las comunidades afectadas por su presencia.

Leer para escribir. Relatos de mujeres en la guerra es un ejercicio a través del cual mujeres colombianas crearon piezas artísticas y literarias a partir de la lectura de los relatos de otras mujeres que hicieron parte de los grupos paramilitares y que participaron en el Mecanismo No Judicial de Contribución a la Verdad. En este libro encontrará tanto las obras creadas como los apartes de los relatos que las inspiraron. Se trata de una apuesta por visibilizar las múltiples violencias de género que se han cometido en el marco de imposiciones culturales y de la actuación de los grupos paramilitares en Colombia, y de poner en diálogo distintas realidades desde una perspectiva empática: un diálogo del que ahora usted, como lector, también hace parte.

ISBN Impreso 978-628-7561-62-5
ISBN Digital 978-628-7561-63-2



PROSPERIDAD SOCIAL



**Centro Nacional
de Memoria Histórica**